

**DIOS, AMOR QUE DESCENDE Y ASUME EL SUFRIMIENTO HUMANO:  
REFLEXIONES FILOSÓFICO-TEOLÓGICAS.**

**GOD, LOVE THAT DESCENDS AND ASSUMES HUMAN SUFFERING:  
PHILOSOPHICAL-THEOLOGICAL REFLECTIONS.**

Jesús Salvador Moncada Cerón

**Nota sobre el autor:**

Doctor en Educación por la Universidad La Salle México. Maestro en Innovación Educativa por la Universidad la Salle México. Licenciado en Teología por la Universidad la Salle México. Licenciado en Filosofía por la Universidad Pontificia de México. Licenciado en Psicología Educativa por la Normal Superior de México.

Esta investigación fue financiada con recursos del autor. El autor no tiene ningún conflicto de interés al haber hecho esta investigación.

Remita cualquier duda o comentario sobre este artículo al siguiente correo electrónico: [jmoncada1@yahoo.com.mx](mailto:jmoncada1@yahoo.com.mx)

Recibido: 08/11/2020    Corregido: 09/03/2021    Aceptado: 1/04/2021



Copyright (c) 2021 José Salvador Moncada Cerón. Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons 4.0](#).



**DIOS, AMOR QUE DESCIENDE Y ASUME EL SUFRIMIENTO HUMANO:  
REFLEXIONES FILOSÓFICO-TEOLÓGICAS.**

**GOD, LOVE THAT DESCENDS AND ASSUMES HUMAN SUFFERING:  
PHILOSOPHICAL-THEOLOGICAL REFLECTIONS.**

**Resumen**

Este trabajo contribuirá a redescubrir el valor del amor que da sentido al sufrimiento en el mundo de hoy. Para ello, se efectúa una exploración de las nociones esenciales de felicidad, sufrimiento y dolor. Dios, en su condescendencia divina se revela como el Ser personal, relacional y libre que atiende con amor al ser humano. La comprensión global del hombre muestra el modo con el que Dios, Uno y Trino nos forma a través de su amor en Jesús. El propósito es hacer que la experiencia cristiana del sufrimiento conmueva la totalidad de la existencia, todas las personas necesitan de un amor gratuito y desinteresado que las haga crecer en humanidad, para así lograr comprender(se) y ayudar(se) los unos a los otros en su sufrimiento.

*Palabras clave:* Dios, amor, felicidad, dolor, sufrimiento, literatura contemporánea.

**Summary**

This work will contribute to rediscovering the value of love that gives meaning to suffering in today's world. To do this, an exploration of the essential notions of happiness, suffering and pain is carried out. God, in his divine condescension, reveals himself as the personal, relational and free being who lovingly attends to the human being. The global understanding of man shows the way in which God, One and Three, forms us through his love in Jesus. The purpose is to make the Christian experience of suffering move the whole of existence, all people need a gratuitous and disinterested love that makes them grow in humanity, in order to understand and help each other in their suffering.

*Keywords:* God, love, happiness, pain, suffering, contemporary literature.

## Introducción

Llegará el día en que después de aprovechar el espacio, los vientos, las mareas y la gravedad; aprovecharemos para Dios las energías del amor. Y, ese día, por segunda vez en la historia del mundo, habremos descubierto el fuego.

PIERRE TEILHARD DE CHARDIN

La felicidad es la más profunda aspiración del ser humano para encontrar los cauces de su realización física, psíquica, espiritual y social que le permitan ser el arquitecto y artesano de su propia existencia.

En nuestro ser de personas relacionales estamos llamados a descubrir cómo Dios nos invita en cada momento de nuestras vidas a ser felices en el contexto de la familia y de la sociedad. Con nuestro actuar tenemos que abrir todas las posibilidades humanas para explorar horizontes y posibilidades que ayuden a encontrar mejores caminos a la felicidad. San Agustín pone en el umbral de la filosofía el ansia de felicidad, en el Sermón 150 escribe: “todos los filósofos en sus estudios, en sus investigaciones, en sus disputas, en su vida toda buscaban la felicidad”, (San Agustín, 1979, p. 182).

La felicidad no puede estar sustentada en el tener, sino en el ser. La felicidad es como una casa que nunca se termina de construir y que solo podrá ir construyendo el propio propietario, para conseguir pequeñas puertas y ventanas de felicidad al tratar con respeto y dignidad a cada persona. La experiencia de un amor sano y genuino es, sin duda, una fuente de felicidad. Pascal, percibe la felicidad como, “aquel bien supremo al cual todos los hombres aspiran independientemente de los medios que empleen para intentar alcanzarla” (Pascal, 1972, p. 176). Sócrates en *La Republica*, expone que la felicidad es una combinación equilibrada y armónica de sabiduría, bienestar y placer, lo que comprende: ausencia de sufrimiento profundo, satisfacción con la vida, realización personal, y alegría de vivir (cfr. Platón, 1988). Platón, advierte que todos queremos vivir felizmente, en el *Eutidemo*, pregunta: “¿No deseamos acaso todos nosotros, hombres, ser dichosos?”.

Para Aristóteles el fin de toda persona es lograr la felicidad, la plenitud, ya que no es posible conformarse con menos. La felicidad es el punto focal de la ética aristotélica: las buenas acciones, las buenas decisiones, la vivencia de las virtudes son actividades de acuerdo con la razón que repercuten en el bienestar

Xihmai 108

de la persona. La educación moral es el compromiso con unos valores que permiten construir la felicidad, en la *Ética a Nicómaco* formula: “Es manifiesto, pues, que la felicidad es algo perfecto y suficiente, ya que es el fin de los actos” (Aristóteles, 1993). “Tanto el deseo de sentirse amado como el de ser feliz, le vienen al ser humano no de la razón sino del corazón” (Pascal, 1972, p.156), por eso, para Pascal este es un órgano de conocimiento, el único capaz de conocer a Dios.

### **El bienestar individual y social exige la subordinación del egoísmo a los impulsos benevolentes**

La cultura del amor une, San Agustín escribe: “ama y haz los que quieras”, mientras que la cultura del egoísmo separa. Los descubrimientos fósiles muestran dos realidades del ser humano: siempre ha compartido los alimentos, pero también, siempre ha sido violento con su misma especie. Convivencia y conflicto, compartir y robar, ayudarse y matarse: he aquí la ambigüedad paradójica del ser humano. Lo podemos definir, con razón, como animal vulnerador y vulnerable; pero también como animal reconciliador y reconciliable, además como animal ético. Tenemos un cerebro muy complejo con la capacidad de justificar lo justificable, pero también de justificar lo injustificable. Lo que nos hace humanos es la capacidad de conocer conscientemente y amar, cuando el amor solo incluye a unos y excluye a otros, hay conductas egoístas y posesivas. El amor evangélico incluye a todos, nos hace abiertos a la ternura benevolente.

En la historia de vida de cada ser humano se abren dos caminos contrarios que facilitan u obstaculizan el desarrollo de la vida personal y social. Estos caminos se resumen en dos frases famosas de dos escritores latinos. Plauto, en una de sus divertidas comedias, hace decir a uno de sus personajes: “*homo homini lupus*” (206 a.C.), el hombre es un lobo para el hombre. Esta frase fue popularizada por Thomas Hobbes para expresar que, desgraciadamente, el egoísmo es, de hecho, la fuerza básica que rige el comportamiento humano, pues la vida social es algo así como una guerra de todos contra todos. Una frase parecida, pero de significado contrario le sirve a Séneca para criticar en una de sus cartas la cultura de violencia en que se había convertido el Imperio Romano, bajo el gobierno de Nerón. Escribió Séneca: “*homo homini sacra res*” (1986), el hombre es algo sagrado para el hombre, es decir, el hombre es un remedio para el hombre.

Para Ortega y Gasset, la vida es la tarea que realiza cada persona, “la vida nos es dada, llegamos a este mundo sin pedirlo, pero no nos es dada hecha, así es que cada cual debe hacerse su propia vida” (1998, p.74), convivimos con otros seres humanos y cada uno elige su destino. Y, concluye afirmando que, “la vida es drama”, porque depende de las elecciones, decidir hacer el bien o hacer el mal, ser feliz o provocar dolor. El sufrimiento es la grieta en la roca que sostiene el edificio de la felicidad. En la grieta de la roca se clavan las estacas con las que fijan sus tiendas los beduinos del desierto, así también, nos dice la Biblia, entre las operaciones de compra y venta se incrustan la injusticia, el egoísmo, la inequidad y el abuso; en otras palabras, el pecado que es el inicio del sufrimiento (Cfr. Eclo 26:29; 27:1-3). El anhelo de la felicidad parece verse subyugado por el sufrimiento, el cual se convierte en una senda que habremos de recorrer de forma repetida una y otra vez, pues el sufrimiento es propio a la naturaleza humana, y se constituye en reto de vida. “Quizás el sufrimiento y el amor tienen una capacidad de redención que los seres humanos hemos olvidado o, al menos, descuidado” (Luther King, 1929-1968).

El sufrimiento y la felicidad pertenecen al mismo campo, es decir, a la propia esfera de la existencia humana. Aprender con el sufrimiento sólo se justifica como posibilidad de reforzar el sentido de la vida, pues el sufrimiento nos hace más aptos para vivir valores humanos de un rango superior, incrementa y desarrolla la personalidad y la hace más fuerte, equilibrada y resiliente. También, la hace más comprensiva del dolor ajeno al adquirir la virtud de entender el sufrimiento del prójimo, lo que nos lleva a ser más empáticos, altruistas, con la perspectiva de ayudar a otros y mejorar nuestro desarrollo humano al experimentar la misericordia y la ternura. El altruismo es un mecanismo para combatir el dolor. “No hay razón para buscar el sufrimiento, pero si este llega y trata de meterse en tu vida, no temas; míralo a la cara y con la frente bien levantada” (Nietzsche, 1970, p. 78). El dolor es inevitable, pero sufrimiento sin sentido duele aún más. Los seres humanos vivimos en un mundo de sentido. Necesitamos tener sueños y esperanzas para darle una dirección a nuestra vida. Cuando aprendemos a ser más fuertes que el sufrimiento transformamos el sufrimiento en sentido de la existencia.

En el sufrimiento se pueden encontrar diversas formas de albergar sentido, y “una de ellas, es que comprendemos mejor el sentido de nuestra dignidad antropológica y en consecuencia de nuestra trayectoria humana para conducirnos a una sólida y verdadera felicidad” (Pico Della Mirandola, 1984,

p. 77). La concepción antropológica de los griegos es la del ser inteligente, capaz de pensar racionalmente y, a partir de ello, realizar acciones acordes a su libertad responsable; la idea antropológica de los judíos hace referencia a la persona que tiene libertad en su actuar frente a Dios y que es consciente de la necesidad de ser obediente a las leyes y mandamientos divinos; y la concepción del cristianismo, ser creado a imagen y semejanza de Dios, caído por el pecado original pero redimido por Cristo, persona con gran vocación para una misión, el hombre es ante todo un proyecto de vida, el ser humano es responsable de lo que es y será lo que haya proyectado ser. El hombre no solamente es responsable de su vida individual sino también de la vida de los demás y del mismo cosmos; el hombre en su proyecto de vida se siente acompañado y amado por el Dios Uno y Trino.

El conocimiento teológico nos ofrece un saber del hombre alcanzado por el entendimiento y esclarecido por la fe en la revelación, “en el todo teleológico del ser humano, el cuerpo es el escenario y campo de la expresión del espíritu, en lo corporal, las vivencias psíquicas y sociales hallan su correlato y su amortiguamiento” (Figari, 2005, p. 88). El cuerpo no es simplemente el albergue del alma, es la expresión del espíritu, parte fundamental que da sentido a la unidad humana.

La experiencia cotidiana de cansancio y vigor, de dolor y sufrimiento, de esperanza, amor y felicidad, y aun la suprema vida espiritual está ligada en nosotros al cuerpo, a consecuencia de la estrecha unión con la vida sensitiva, apetitiva, volitiva y cognoscitiva” (Figari, 2005, p. 96).

Desde la era de la Ilustración hasta nuestros días se ha hecho un gran énfasis en entender y dirigir la vida desde la lógica del pensamiento objetivo. Sin embargo, las emociones son, sin duda, las motivaciones más poderosas que han dominado a los seres en la búsqueda de su realización humana, pensamiento, sentimiento, emociones y espiritualidad, las cuales están ligadas intrínsecamente al cuerpo.

La comprensión de la realidad trascendental de la persona humana, la evaluación de su íntima situación espiritual es la que nos permite comprender la interioridad del sufrimiento y la esfera del amor que le dan sentido. Gregorio Marañón, psiquiatra y escritor, manifestaba que el olvido de la procedencia divina de nuestras existencias es lo que hace infecundo al sufrimiento: “El hombre actual, en su mayoría, ha prescindido de Dios y por ello ha perdido una aptitud maravillosa de convertir el sufrimiento en fuente de paz y progreso

interior” (1964, p. 49). Es innegable que hay sentido en el sufrimiento cuando la persona entra en su interior y encuentra los lugares en los que alberga el amor, la alegría, las ganas de vivir y la esperanza que quema el sufrimiento. En todos los campos del saber, el tema del sufrimiento se encuentra presente y es fuente de inspiración, ya sea en las ciencias, la literatura, los deportes, la cultura o el arte. José Martí afirmaba que “jamás sin dolor profundo produjo el hombre obras verdaderamente bellas” (1965, p. 72). En el campo profesional, por ejemplo, surge para afrontar con la debida competencia las duras exigencias que demanda el mercado. En el campo ético se hace presente para incrementar y desarrollar las virtudes. Víctor Frankl, recordando sus años de prisionero en los campos de concentración nazis, afirma con rotundidad que, si el sufrimiento, la muerte, la enfermedad, no tuvieran un sentido más allá de nosotros mismos, la vida no merecería ser vivida, (2006, p. 64).

La tradición judeo-cristina pretende compartir el amor como ágape, aquel que alivia el dolor, que se hace patente en la ayuda a los demás; los buenos pensamientos, los buenos deseos, las buenas intenciones, los buenos sentimientos, las buenas obras y acciones humanas cimentadas en el amor son remedio para el sufrimiento, la libertad es un proyecto de vida que es conquistada en la práctica de la caridad. Es en Jesús de Nazaret que el sufrimiento humano ha alcanzado su culmen en la pasión de Cristo, es el misterio de la Cruz que nos cobija y nos permite ingresar al Misterio del amor del corazón de Jesucristo. San Buenaventura lo decía con aguda hermosura:

Tu corazón fue herido, Señor, para que tuviéramos una entrada libre, y fue herido también, para que por esa llaga visible pudiéramos ver la herida visible del Amor, porque quien arde de amor, de amor está herido. Abracemos a nuestro amado, roguémosle que encienda nuestro corazón, y lo ate con los dulces lazos de su Amor. (1974, p. 167)

### **La vida humana es algo más que esperanza, es la experiencia del amor que conquista el sentido del sufrimiento**

Sinuosa es la frontera entre el amor y el sufrimiento, no existe la mano que caiga con firmeza y divida los dos mundos. ¿Quién quedará libre de estas dos realidades humanas? Nadie. Ningún nacido, mientras viva en esta tierra. Queda la problemática de fondo: ¿Por qué nos encontramos inmersos en una historia entretejida de tensiones y sufrimientos y cuál es el sentido de nuestra vida? El sufrimiento humano a veces suscita compasión, en otras situaciones genera temor. En cualquier contexto, siempre debería inspirar respeto. En efecto, *Xihmai* 112

surgen graves y, con frecuencia, torturantes interrogantes, para las cuales no es fácil encontrar respuestas enteramente satisfactorias.

El sufrimiento es un huésped inevitable de la humanidad. Hay quien nace y vive con él, o quien lo tiene que afrontar de repente. El sufrimiento se desarrolla en diversos ambientes: en la vida cotidiana, en hospitales, en extrema pobreza, en situaciones de injusticia, en guerras, en los regímenes políticos totalitarios, entre otros. El mal y sus consecuencias: el dolor y el sufrimiento son, fundamentalmente, fenómenos humanos que se encuentran ligados de manera entrañable a nuestra historia. Frente a esta realidad tan confusa en la que parece no haber respuesta cómoda y, gracias a las experiencias vividas, surgen otras actitudes de interrogación, de búsqueda, con sus luces y sombras: ¿Por qué?, ¿Qué sentido tiene?, ¿Cuál es su origen?, ¿Cómo puede ser superado? Y, es que, en el porqué del sufrimiento humano, se encuentra “la grandeza de un misterio específico, ya que el hombre, en su sufrimiento, es un misterio intangible” (Juan Pablo II, 1984).

El ser humano vive en un profundo anhelo de superar el dolor y el sufrimiento. La vida es la expresión de una esperanza o de una tragedia, el espíritu del hombre se dilata o se contrae en su ser relacional. En el encuentro con el otro, el sujeto lleva consigo un doble dispositivo lógico, uno egocéntrico y otro altruista. El primero refiere un rechazo al prójimo que propicia envidia, temor, ambición y competitividad, entre otros aspectos que niegan las acciones de cuidar y de ser cuidado. Este se torna autodestructivo y se encamina a un proceso de deshumanización que daña al ser humano y a su entorno. Por su parte, el dispositivo altruista se observa en los valores actitudinales que incluyen la vivencia del amor, el sentido a través del sufrimiento, la valentía, la dignidad y la compasión. Por ejemplo, se observa cuando se utilizan las capacidades humanas para ayudar a una persona mayor, muchas veces enferma, y cuyo cuidado es una expresión de amor incondicional. Ese es el tipo de amor que vence el cansancio, rescata la dignidad de la persona y que puede ser entendido en toda su dimensión teologal si lo asumimos como una vocación fundamentada en Cristo, quien revela el amor del Padre, rico en misericordia. El amor es un atributo existencial que se expresa en las emociones y expande nuestra conducta inteligente, y se da en una dinámica relacional fundamentada en el respeto mutuo entre los seres humanos, donde se reconoce que la cultura es un sistema de valores y de proyectos que se mueve en la lógica de los fines y de los grandes símbolos y relatos que dan sentido a la vida de la comunidad.

Relatos y leyendas que se encuentran impregnadas de la razón y están vinculadas al corazón. Al fin y al cabo, en él reside el amor, la simpatía, la compasión, el sentido del respeto, la base de la dignidad humana.

Los derechos del corazón eran el eje de la grandiosa cultura maya, en el *Popol Vuh* leemos: “Cuando tienes que escoger entre dos caminos, pregúntate cuál de ellos tiene corazón. Quien escoge el camino del corazón nunca se equivocará” (1997, p. 27). La fecundidad de la cultura se encuentra en el amor que produce la alegría del encuentro entre las personas, los milagros de la vida y la entrega desinteresada, la solidaridad, las relaciones sociales inclusivas y el cultivo de las artes, el éxtasis de lo místico.

Al respecto, Erich Fromm afirma que el amor es un arte, y para emitir tal afirmación comienza por plantear dos posiciones originales: ¿el amor es un fenómeno que surge azarosamente y con facilidad?, o bien, ¿es el fruto de un proceso de aprendizaje? Ante esta disyuntiva, Fromm responde que el amor necesita todo un proceso de aprendizaje: una teoría y una práctica. Establece que el amor es un arte y que, además de la teoría y la práctica, supone un tercer elemento: que el dominio del arte englobe todas las esferas de la actividad humana; que todas las potencialidades se dirijan al aprendizaje de este arte. Fromm propone que fuese óptimo que todo ser humano se entregara en cuerpo y alma al aprendizaje del arte de amar, pues el amor responde a la necesidad humana de ser libre y, por ende, al problema esencial de la existencia humana, (Fromm, 2014). La existencia es un aprendizaje en la que se esparce y se cultiva el amor durante el trayecto de la vida, porque de dolor y de sufrimiento el mundo ya está lleno.

El hombre no puede sobrevivir sin el arte del amor mutuo, sin la experiencia del amor que en la práctica es el arte del servicio, el disfrute de dar, el amor productivo que se hace servicio, y así encontrar las motivaciones que le dan sentido a la existencia. Fue la experiencia que tuvo Víctor Frankl cuando era prisionero de guerra, “aquellos que tienen un porqué para vivir, pese a la adversidad, resistirán” (2006, p. 96). Frankl decidió utilizar la adversidad para aprender a vivir, poniendo la vida al servicio de los demás. Él descubre que el interés principal de la existencia es encontrar un sentido a la vida, razón por la cual el hombre está dispuesto incluso a sufrir a condición de que este sufrimiento tenga un sentido, pues solo el amor nos libra del vacío y de la nada. La renuncia a uno mismo es el único camino que conduce a la realización de

sí mismo. En un muro de la prisión dejó escrito: “buscaba a mi Dios y Él desaparecía; buscaba mi alma y no me era posible encontrarla; busqué a mi hermano en el servicio y encontré las tres cosas”, (Frankl, 2006, p. 77). Frankl llega a una convicción de vida: “si no está en tus manos cambiar una situación que te produce dolor, siempre podrás escoger la actitud con la que afrontes ese sufrimiento”, (2006, p. 82).

Precisamente el horizonte en que se sitúa la Sagrada Escritura es el de la revelación del misterio de Dios que nos hace libres para amar sirviendo a los demás. En su primera encíclica, acerca del amor como fuente de la vida cristiana, Benedicto XVI (2005) expresaba la caridad en estos términos:

El amor se convierte en el criterio para la decisión definitiva sobre la valoración positiva o negativa de una vida humana. Jesús se identifica con los pobres: los hambrientos y sedientos, los forasteros, los desnudos, enfermos o encarcelados. Así, el amor a Dios y el amor al prójimo se funden entre sí: en el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios.

La identificación de Cristo con los pobres lleva de la mano percibir la unidad fundamental de esos dos amores y nos plantea exigencias a nosotros como cristianos. La vida cristiana tiene como sello particular la vivencia de la caridad que se hace amor solidario. El amor de Dios es singular a cada ser humano convirtiéndolo en una persona única. Al padre Karl Rahner le gustaba usar la imagen de la braza que se esconde bajo la ceniza:

¿Qué hacer para librar la braza de la ceniza, de modo que pueda revigorizar la llama del amor? Ante todo, debemos buscar esa braza y preguntarnos: ¿Dónde están aquellas personas llenas de generosidad como el buen samaritano, o con fe como el centurión romano, o entusiastas como Juan Bautista, o que se atreven a lo nuevo como Pablo, o son fieles como María Magdalena? Dios no sólo ha creado al mundo, sino que ha descendido personalmente y para siempre al mundo con su Palabra eterna. Dios en su descenso personal, con su realidad propia y como ágape, se ha perdido en su creación para ya nunca más retirarse de ella. (Rahner, 2008, p. 22)

La verdadera experiencia de Dios es la experiencia de trascendencia. Tenemos que aprender, primeramente, a apreciar la vida y darle sentido al sufrimiento, solo así seremos tocados, conmovidos, lo que implica que Dios está cercano, que es, en cierto sentido, inmanente al mundo. Si por la inmanencia dejara de ser el Dios trascendente, no me salva. Dicho de otra forma, la experiencia de Dios es de relación o unión transformante con el trascendente. Desde esta óptica el seguimiento de los pasos de Jesús es una respuesta a la cuestión del

sentido de la existencia humana. Solo así podemos ver la vida en relación con la voluntad de Dios, a través de planes y metas en nuestra actividad diaria, en la que tenemos conciencia de la presencia de Dios en cada acto. Esto implica la relación con otras personas a las que les debemos manifestar el amor gratuito y exigente de Dios, expresado en el mandato de Jesús: “ámense como yo los he amado” (Jn 13:34). Es el Amor universal del cual nadie está excluido.

La conversión se produce por la experiencia del amor y conlleva dejar un camino para tomar otro y “caminar según el Espíritu” (Rom 8:4). En la tradición judeocristiana la aventura espiritual comienza con una invitación a ponerse en camino: “sal de tu tierra y ve ala que yo te mostraré”, (Gen 12:1-8). Esta aventura continuará a lo largo de la historia, desde el Éxodo hasta la subida de Jesús a Jerusalén. La llamada a partir, a abandonar la seguridad de nuestros orígenes y a encaminarnos hacia nuevos horizontes se deja oír todavía y apela a nuestra libertad. En la imagen dinámica de la marcha encontramos una apremiante y apasionada invitación a aceptar el riesgo de vivir. Así como Dios nos envió a su Hijo unigénito por amor, el hombre es creado por el amor, no puede vivir sin amor, su vida no tiene sentido si no experimenta y comunica su amor, porque el mandamiento del amor es el más importante.

Por su muerte y resurrección, Jesús nos da en herencia lo más valioso que tiene, la vida y el amor que continuamente intercambia con el Padre, a saber, el Espíritu. Tener el Espíritu y ser introducido en la intimidad de Dios es lo mismo. Formamos parte, entonces, de la misma familia, tenemos literalmente el mismo Espíritu de familia, podemos ser llamados verdaderamente hijos de Dios (Rom 8:14). Decir que Jesús ha resucitado es decir que la humanidad ha sido introducida en la misma intimidad de Dios que es Amor.

La experiencia de Dios es transformante, es el amor gratuito de Dios que me abraza, en cuyo círculo yo estoy libre y agradadamente integrado. Y nos llama a vivir en el amor, a vivir juntos y a formar una gran familia, una *koinonía*. La aventura del seguimiento de Jesús es apasionante y arriesgada, promete siempre nuevos descubrimientos. Toda la vida se moviliza. Toda nuestra vida encuentra sentido y expresión plena. En el horizonte del seguimiento de Jesús se perfila el encuentro con el otro, la paradójica felicidad del que se gana dándose, desprendiéndose de sí mismo para abrirse al otro en el amor.

Las bienaventuranzas revelan el amor de Dios, ellas son el itinerario de la fe y de la confianza total en el amor de Dios que acoge al ser humano en sus sufrimientos. Las bienaventuranzas son el canal de comunicación entre Dios y el hombre, Dios sólo quiere dar su amor en la práctica de la caridad. El mensaje de Jesús está centrado en la vida y no en la muerte, en tomar conciencia que somos seres transitorios y que el mundo que construimos depende de nuestras sanas relaciones con los demás y con la casa común en la que habitamos. El mandato de Jesús de Nazaret de amar al prójimo como a uno mismo y como búsqueda de la felicidad, confirma que la vida ética del cristiano es una respuesta al amor de Dios. Pues, Dios crea al ser humano en un acto de amor e inscribe en el corazón del hombre la ley del amor. El amor de Dios es regalo para todos. Juan Pablo II lo expresa en estos términos:

Tal norma es la tentativa de traducir el mandamiento del amor al lenguaje de la ética filosófica. La persona es un ser para el que la única dimensión adecuada es el amor. Somos justos en lo que afecta a una persona cuando la amamos: esto vale para Dios y vale para el hombre. El amor por una persona excluye que se la pueda tratar como un objeto de disfrute. Esta norma está ya presente en la ética kantiana, y constituye el contenido del llamado segundo imperativo. No obstante, este imperativo tiene un carácter negativo y no agota todo el contenido del mandamiento del amor. Si Kant subraya con tanta fuerza que la persona no puede ser tratada como objeto de goce, lo hace para oponerse al utilitarismo anglosajón y, desde ese punto de vista, puede haber alcanzado su pretensión. Sin embargo, Kant no ha interpretado de modo completo el mandamiento del amor, que no se limita a excluir cualquier comportamiento que reduzca la persona a mero objeto de placer, sino que exige más: exige la afirmación de la persona en sí misma. Sólo al amor práctico es al que se refiere ese núcleo de todas las leyes. Amar al prójimo, quiere decir cumplir con gusto todos los deberes con respecto a él. (1994, p. 63)

La respuesta cristiana al sufrimiento no es otra cosa que la Revelación del Amor Divino, Cristo. Dios es, pues, amor gratuito al entregar a su único hijo por nuestros pecados, haciéndonos así, sus hijos también. De la teología de la cruz, se ha pasado al misterio pascual, porque la Resurrección, como culminación final, es la que ilumina la Redención, como prueba del amor salvífico. Jesús en su pasión vence al sufrimiento e ilumina todos los sufrimientos humanos. Así, el dolor, visto a la luz del misterio pascual, es fuente de alegría, camino de gloria y galardón de la plenitud final.

## **Aproximaciones a los vínculos entre el amor, la felicidad, el dolor y el sufrimiento**

El sufrimiento es el medio por el que el ser humano se hace consciente de su existencia, Séneca lo expresa en estos términos:

Nadie me parece más desgraciado que el que nunca experimentó una desgracia. Piensa que entre los males que parecen tan terribles, no hay ninguno que no podamos vencer; ninguno sobre el cual no hayan triunfado los grandes hombres. ¡Sepamos triunfar también nosotros sobre algo! (Séneca, 1986, p. 227).

Cuando se reflexiona sobre el sufrimiento, inequívocamente lo primero que se llega a comprobar es el carácter fugaz de la felicidad. Ya los grandes pensadores de la antigüedad clásica hablaban de ello: “hay Póstumo, Póstumo, cómo pasan los años” (Jerphagnon, 1966, p. 15). La amarga queja de Horacio se va repitiendo a lo largo de los siglos, sin embargo, el hombre no puede acostumbrarse a la idea de que los momentos felices sean demasiado breves. Cuando se vive algún estado de dicha, por pequeño que este sea, se quisiera detener de golpe el tiempo, pero esto no es posible y pareciera como si de la felicidad, únicamente pudiéramos conocer su recuerdo.

La felicidad es como una estela, sigue fielmente al que no la persigue. Nos paramos para contemplarla, captarla, asegurarnos de que existe y se desvanece. Hay que tener a la vista la verdad, el sacrificio, el deber o la muerte para darse bruscamente cuenta de que se es feliz. “A partir del momento en que se ha renunciado, se descubre que sólo se han sacrificado las cadenas propias y que se han inmolado muy penosamente los propios tormentos”. (Evely, 1967, p. 190)

Hay en la paz –decía Lavelle– “un género de dicha que solo podemos apreciar cuando la hemos perdido” (1940, p. 10). Apenas si tenemos conciencia de haber sido felices, y esto en grado tal, que cuando lo éramos, ni siquiera podíamos sospecharlo, de ello no nos queda más que el recuerdo. De aquí el deseo que todos tenemos de sumergirnos en el pasado, buscando revivirlo. Pero, a medida que vamos evocando las antiguas impresiones, se va despertando un sufrimiento que nos es familiar. Es el producto por el enorme contraste entre las oportunidades de entonces y la situación sombría y dolorosa del momento actual.

El dolor y el sufrimiento son realidades que ha tenido que afrontar el hombre de todos los tiempos, es algo inseparable a su naturaleza, algo contra lo que el ser humano ha luchado y pretendido vencer, superar, logrando enormes progresos y obteniendo grandes victorias. No obstante, el dolor aparece siempre bajo nuevas y distintas formas, utilizando diferentes disfraces en miles de nuevos males. El sufrimiento rebasa los aspectos propios de las enfermedades, pues hay sufrimientos morales, sociales, espirituales, afectivos, emocionales. Sufrimientos individuales y colectivos, sufrimientos provocados por seres individuales y por comunidades que se organizan para producir sufrimiento por medio de guerras, actos de terrorismo y actos que atentan contra la vida y la dignidad humana. El sufrimiento entraña casi siempre solidaridad. El dolor ha hecho gritar al ser humano de rabia, de angustia, de impotencia, de desesperación, enfrentando al hombre consigo mismo y con Dios en una actitud de desconcierto, de interrogación, con gritos internos y externos de reclamo, de protesta, de rebeldía y búsqueda de una respuesta de sentido; pues el dolor ataca a justos e injustos, a buenos y malos, sin respeto alguno de sexo, edad, raza o condición social o moral.

El hombre busca la felicidad porque quiere alcanzar su propia perfección. El ser humano como inteligencia que siente está en una determinada situación y a la vez quien tiene que resolverla. Él debe hacerse cargo de la realidad de las cosas y de sí mismo como realidad existente. La felicidad, que es la finalidad en la vida de todo ser humano, aparece a menudo como un logro muy improbable, puesto que no hay ninguna razón que asegure su posesión total y definitiva. Tal realidad nos muestra que el ser humano no desconoce que el sufrimiento parece inseparable de su condición. Al respecto escribe Teilhard de Chardin:

Dentro del vasto proceso de preparación en el que surge la vida, advertimos que todo éxito se paga, necesariamente, con un amplio porcentaje de fracasos. No cabe progreso en el ser sin algún misterioso tributo de lágrimas, de sangre y de pecado. (1951, p. 10)

De hecho, vemos que no hay nada que no tenga que ser pagado con el precio del dolor. Pareciera que, en lo más hondo de nosotros, hágase lo que se haga, bueno o malo, el sufrimiento estuviese siempre dispuesto a surgir, como signo y consecuencia de una fuerza misteriosa y sombría que siempre se opone a lo que deseamos y amamos, “cual maldición que pesa sobre nuestra vida y que continuamente nos da motivo de queja y nos incita a rebelarnos”, (Lavelle, 1940, p. 5). Nos invade el vértigo al imaginarnos por un instante el sufrimiento

que se soporta en toda la tierra, manifestando en sus diversas formas, siendo ésta “una aflicción inmensa como el mar” (Lam 2:13), que lo arrasa todo. Así, la visión del mundo no es otra cosa que el libro enrollado del profeta colmado de “lamentaciones, gemidos, pena y dolor” (Ez 2:10).

Quizá lo que resulta más terrible es la inutilidad de tanto sufrimiento y ese insoportable aire de prepotencia que éste siempre lleva consigo, es que todo mal sufrido injustamente resulta más indignante porque no es otra cosa que un enigma. El hombre puede soportarlo todo, pero lo que no puede soportar si se detiene un momento a pensarlo, es el no comprender por qué sufre, no lograr vislumbrar algún rayo de luz en las tinieblas de su dolor. El aspecto contradictorio del dolor lo cuestiona, “siempre somos golpeados en lo más querido –dice Edmond Rostand–, como si el único delito fuese amar” (1947, p. 138). Pareciera que en las noches más oscuras de la existencia no brillaran las estrellas.

Para continuar esta reflexión se hace necesario discernir sobre lo que es el mal, el dolor, el sufrimiento, y analizar lo que le ocurre al que lo padece. Se trata de averiguar lo más posible sobre su origen, su recorrido, su irrupción en la conciencia humana. Se intenta llegar hasta sus mismas raíces, aceptando y comprendiendo que siempre quedarán rincones inexplicables al entendimiento humano. El sufrimiento deriva de los términos latinos *sub* (bajo) y *ferre* (llevar), más el sufijo *mento* (medio, modo), y significa hacer o llevar las propias capacidades por debajo de las peculiaridades que nos caracterizan como seres humanos que somos. El sufrimiento se distingue del padecimiento que es una pasión, pues cuando se padece el cuerpo despliega todas las fuerzas y posibilidades de las que dispone para liberarse de aquello que le ocasiona dolor, no así del sufrimiento.

Para Unamuno, el dolor es el camino de la conciencia, y es a través de él, que los seres vivos llegan a tener conciencia de sí, porque tener conciencia de sí mismo, tener personalidad, es saberse y sentirse distinto de los demás seres, y a sentir esta distinción sólo se llega por el choque, por el dolor más o menos grande, por la sensación del propio límite. La conciencia de sí mismo no es sino la conciencia de la propia limitación (Unamuno, 1968, p. 83).

El mal y, en consecuencia, el dolor y el sufrimiento en todas sus formas, ya se trate de un mal físico, psicológico, espiritual, moral o social, aparece en primer

lugar como conciencia lacerante de una carencia (Unamuno, 1968, p. 98). El mal rehúye a la rigidez conceptual, puesto que éste sólo es definible en relación con un bien al que disminuye o compromete. No se puede concebir aisladamente el mal, ya que no existe en sí mismo ni tampoco se halla en estado puro, sino que siempre está en relación con un bien al cual priva o destruye; pero el mal, al terminar con el bien, acaba por aniquilarse a sí mismo. Como dice Nédoncelle en esta analogía:

Se puede comparar el mal a un cáncer. Es una contra-creación de carácter positivo y cuyas varias especies se diferencian totalmente del organismo sobre el cual se desarrolla, aunque el tejido maligno sea de la misma especie que el tejido normal, y la culminación de su estructura no puede tener lugar sin que perezca todo el organismo incluyendo el mismo cáncer. Es un mal que se origina en el mismo bien y contra él. (1997, p. 292)

El mal absoluto como tal, no existe, pues es parásito de un bien sobre el cual gravita, altera y disminuye. Cuando finalmente el mal destruye al bien sobre el cual subsiste, se devora a sí mismo. No podemos desconocer que el mal realmente existe y no basta para definirlo, decir que no es sino la privación de un bien, pues el mal penetra en el ser humano hasta “los tuétanos” y a las más hondas raíces de la vida interior, carcomiendo la totalidad de la existencia. Ante la experiencia del mal, el dolor y el sufrimiento, no hay palabras que ayuden a comprenderlo, pues estas mismas son una violencia contra el dolor que experimentamos, el misterio del dolor y del sufrimiento sigue inquietando la conciencia humana.

San Agustín es el primer filósofo y teólogo en tratar el problema del mal y del sufrimiento desde una perspectiva sistemática, “el mal esencialmente es privación, ausencia de bien y de ser, impotencia e infertilidad. El bien es ser, actividad y potencia, identificándose en última instancia su plenitud con Dios mismo” (1964, p. 56). El obispo de Hipona hace una distinción entre el mal físico y el mal moral, el mal físico afecta a los seres particulares y no tiene nada que ver con la culpa de acciones realizadas por las personas; mientras que el mal moral es consecuencia de las desviaciones de la libertad y del egocentrismo humano que introduce un desorden en el orden creado, pues prefiriere las cosas y bienes de un orden inferior que al ser trascendente.

En línea semejante, Santo Tomas de Aquino (2015) trata el problema del mal como la carencia de bien, pero a diferencia de San Agustín, Tomas de Aquino afirma que el mal no es la ausencia de cualquier bien, sino que corresponde a

la ausencia de un bien debido. El mal es una oposición al bien, es la negación y exclusión del bien debido. Según Santo Tomás, la persona no solo es cuerpo ni alma, sino un compuesto sustancial de cuerpo y alma. El alma es simple, espiritual e inmortal y ha sido creada por Dios. El hombre como unidad esencial cuya realidad es dinámica, permite que el sufrimiento no se reduzca solo a los aspectos psíquicos; el mal rebasa el simple sentir emocional, pues inunda todo el espíritu humano que busca ser acogido en su dolor.

Nédoncelle, para aliviar el sufrimiento pone el énfasis en las relaciones humanas cimentadas en el amor y en la constante preocupación de los unos por los otros, pues no hay persona si no existe otra frente a ella en constante relación, no hay un yo si no existe un tú. Nédoncelle (1997), pone el fundamento y destino de la persona en el amor, pues:

El yo necesita de un no yo para llegar a la verdad, como promoción mutua. La comunión, la comunicación, la reciprocidad de las conciencias, el nosotros es el constitutivo metafísico de la persona. La experiencia estética está muy cerca de la experiencia religiosa, pero lo bello es una soledad divina y no un lugar de encuentro personal con Dios que es la Persona de personas. No hay conocimiento de la persona si no existe la voluntad de apertura y de donación, esto conlleva un mínimo de amor recíproco.

Al ser el mal la carencia de un equilibrio necesario para la vida, nos adentramos en el interior del que lo padece. En él, de pronto ha desaparecido un elemento esencial para su desarrollo armónico y precisamente lo terrible es comprender que, a pesar de ello, hay que continuar viviendo. Seguir viviendo cuando se sufre es algo espantoso, puesto que se conoce –y bien cruelmente– todo el valor de lo que se ha perdido, sobre todo si hubo alguna responsabilidad en ello. Bien lo saben los que han sufrido la desaparición de una persona amada, por muerte o alejamiento: cuando ya no está se dan cuenta de la falta que les hace.

Lo mismo se puede decir de los que han perdido cualquier bien, entonces sienten la necesidad de recobrar el bien perdido: “¡Ay! Si recobrarse la salud, sería dichoso”, “si aún viviese o estuviera conmigo ese ser querido, qué bueno y distinto me portaría con él”. Y, cuando la frustración es asumida como irremediable, el horror del “nunca jamás” gravita sobre toda nuestra vida, cualquiera que sea el bien o ser perdido, comprobando en todo su rigor el carácter irreversible del tiempo. Hemos de poner de relieve que el sufrimiento nace de la toma de conciencia sobre él. Relativamente, tal fenómeno es fácilmente observable, podríamos evocar, por ejemplo, esos momentos de

reposo que nos procuran los analgésicos, los cuales atenúan el sufrimiento, pero la razón de este permanece.

Lo mismo podemos afirmar de la reminiscencia de los momentos dolorosos y de las preocupaciones de la víspera cuando por lo menos se ha logrado conciliar el sueño, pero sabemos que con el nuevo día volverá a invadirnos el sufrimiento. Unido a la conciencia, el sufrimiento aumenta y se intensifica a medida que se acentúa en nosotros el pleno conocimiento de la privación sufrida. Es un hecho que el dolor físico aparece bastante tarde en la escala zoológica, se amplifica con una mayor sensibilidad en la medida que se perfecciona el sistema nervioso. El sufrimiento moral sólo aparece con la conciencia reflexiva y se acentúa con la capacidad de introspección y autoanálisis. El hombre sufre más que todos los otros seres vivos irracionales, porque puede pensar en su dolor, lo multiplica fijando sobre él su atención y su reflexión, valiéndose de la memoria y de la imaginación, reviviendo así situaciones dolorosas de su pasado y proyectándolas al futuro, al cual teme.

Es natural que el sufrimiento sea más penoso a medida que se afina la conciencia que percibe la frustración. El dolor penetra hondamente en nuestro ser, pareciera que nos va a arrancar la vida y nos invade el miedo cuando pensamos a lo que se puede llegar si el sufrimiento continúa progresando. La impresión de desgarramiento, de ruptura de una unidad tenida por indispensable resulta espantosa. De ahí, ese temor que sobrecoge al que sufre al percibir, al menos confusamente, que acaba de iniciarse un proceso de disgregación y desintegración que puede ir cada vez más lejos y que no se le puede detener. El problema del sufrimiento se plantea con el advenimiento de la persona ya plenamente evolucionada. A esto podemos decir con Bergson:

En los animales el sufrimiento no es lo que se cree. Sin llegar hasta la teoría cartesiana de los animales –máquinas–, se puede presumir que el dolor se reduce considerablemente en los seres que no tienen memoria activa, que no prolongan su pasado en su presente y que no son completamente personas: su conciencia es de naturaleza sonámbula; ni sus placeres, ni sus dolores producen las resonancias profundas y duraderas de los nuestros (Bergson, 1932).

En la misma línea afirma Nédoncelle:

Todos los gemidos del reino animal no son nada comparados con una sola lágrima derramada por un ser humano, o con la tristeza que él mismo siente ante el espectáculo de las matanzas de la naturaleza. Ni aún el llanto de un niño en su cuna admite comparación con el dolor de sus padres que sufren por el sufrimiento del

niño y por la causa que lo produce. Sólo en el hombre existe la gran tragedia. Antes de él, el mal es una parábola sangrienta, más que una realidad. (1997, p. 109)

El sufrimiento hace que la persona se repliegue en sí misma, penetra en su interior movilizandole todas sus energías disponibles. Parece como si el hombre en su dolor, al sentirse asediado, tratase de alcanzar el centro misterioso de donde brota su vida, una vida que siente cruelmente herida y amenazada por su expansión. La experiencia del sufrimiento alcanza su máxima intensidad en la conciencia, llegando a rebasar nuestra capacidad de sufrir. Es entonces cuando descubrimos la fragilidad y caducidad de la existencia, la experiencia del verdadero sufrimiento no es otra cosa que no saber darle sentido al dolor humano.

Para Heidegger (2007) comprender nuestra finitud es aceptar que somos seres inacabados y que nuestro ser total no acontece en un pretendido acabamiento en la muerte, sino que la muerte como posibilidad última nos hace asumir nuestra existencia inacabada e inacabable como propia. Aceptarnos como seres finitos nos hace tomar conciencia de nuestra responsabilidad ética en el tiempo y en el espacio. A partir de ello, necesitamos proyectar nuestra existencia en función de la conciencia de la muerte para dejar de entenderla y verla como un accidente que viene de fuera, para mirarla como algo que viene de nuestro propio ser. En nuestro tiempo y en nuestro espacio debemos realizarnos como seres íntegros, responsables de nuestra vida, de la vida de los demás, así como del cuidado del planeta. El ser humano tiene un tiempo y un espacio para realizar su tarea de construirse como persona, actuando con libertad, inteligencia y veracidad para ser feliz.

Continuando con la descripción fenomenológica sobre la situación de la persona visitada por el sufrimiento puede resultar ambivalente, pues de esta experiencia puede surgir lo mejor o lo peor, ya que la intimidad que brota consigo, posee la capacidad de proporcionar una ocasión inmejorable para acrecentar la calidad y el valor del ser humano. De alguien que vale mucho se suele decir que ha sufrido, como si se presintiese que el sufrimiento lo ha forjado y le ha dado esa calidad humana. El sufrimiento posee una gracia transformadora. El teólogo alemán Dietrich Bonhoeffer, quien muere a mano de los nazis, afirma que el sufrimiento es una gracia cara, “es cara porque le cuesta al hombre la vida; la gracia barata es por el contrario el enemigo mortal de la iglesia” (1986, p. 127).

El sufrimiento es la lejanía de Dios. Por eso, quien se encuentra en comunión con Dios no puede sufrir. Jesús ha afirmado esta frase del antiguo testamento. Precisamente toma por esto sobre sí el sufrimiento del mundo entero y, al hacerlo triunfa de él. Carga con toda la lejanía de Dios, para acercarlo nuevamente al hombre. (Bonhoeffer, 1986, p.176)

Pero por otra parte existe la posibilidad de una desintegración, de un deterioro del individuo que sufre.

El sufrimiento puede aplastar a quien no lo ve unido al amor, sin embargo, puede también cambiar radicalmente la vida humana, a condición de considerarlo como una gracia especial y como la expresión de la vocación fundamental del hombre a ofrecer el don de sí mismo. (Balthasar, 1999, p. 120)

A esta luz el sufrimiento es, sobre todo, una llamada y una vocación, como lo expresa Santa Teresa Del Niño Jesús: “El sufrimiento me ha tendido los brazos y me he arrojado a ellos con amor”. Cuando se comprende el sufrimiento como parte de una vocación para crecer en el amor, se logran comprender estas palabras de Teresa: “mi atractivo por el sufrimiento creció a medida que el sufrimiento aumentó” (Balthasar, 1999, p. 120).

Dios asume el sufrimiento en función de la redención; así lo manifiesta Tomás de Kempis: “Porque, si alguna cosa fuera mejor y más útil para la salud de los hombres que sufrir adversidades, por cierto, Cristo lo hubiera enseñado de palabra y ejemplo” (1992, p. 27). Los caminos de Dios se recorren en el misterio, la vocación conlleva compaginar el amor y el sufrimiento, encontrar la unidad y el sentido de estas dos realidades: “Porque no son mis pensamientos vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son mis caminos” (Is 55:8). El sufrimiento permite que las personas se liberen de sus apegos y de sus egoísmos, recobren su libertad, se centren en su capacidad de amar y de ser amados, de cuidar y ser cuidados, como lo expresa el apóstol Pablo, “porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios” (Rom 8:21).

El dolor permite que el ser humano viva el don sincero de sí mismo y en este sentido lo libere de ataduras y apegos porque, como asevera Kierkegaard “la puerta de la felicidad puede abrirse sólo hacia el exterior. Quien prueba a forzarla en el sentido contrario la bloquea todavía más” (2013, p. 43). Víctor Frankl manifiesta que el hombre para superar el dolor y la enfermedad debe trascenderse a sí mismo e ir a la búsqueda y al encuentro con el otro, “el hombre

que tiene una voluntad de sentido se orienta hacia la búsqueda de los significados, y al mismo tiempo hacia el encuentro del otro ser humano, como un tú en cuanto amado” (2006, p. 84).

El sufrimiento por sí mismo no es constructivo, ni positivo, ni negativo, depende como se asuma y del sentido que se le dé. Es cierto que los hombres de gran valía han sido forjados en el sufrimiento, pero pueden quedar en ellos algunas huellas no positivas. Por otra parte, cualquiera que sea nuestra experiencia con el sufrimiento y por buenos que sean los resultados obtenidos de él, a largo plazo, es preciso reconocer que el sufrimiento nos inclina a segregarnos de nosotros mismos y de nuestros semejantes. Además, por el hecho de que el sufrimiento tiende a invadir todo el campo de nuestra conciencia, se desprende que éste afecte el campo del raciocinio, imprimiéndole una inclinación fuertemente egoísta, impidiendo pensar objetivamente. Sus juicios, por lo general, son injustos consigo mismo y con los demás, pues la persona agobiada por el sufrimiento físico, psicológico o moral se siente inclinada a pensar que es la más desdichada y la menos favorecida. Por otro lado, este íntimo desgarramiento que produce el sufrimiento va acompañado por un sentimiento de sorpresa y desconsuelo, parece que el mal siempre acierta a tomarnos por sorpresa, “no descansando nunca, dice Rostand, ¿cómo se las arregla, pues el sufrimiento para reaparecer siempre nuevo y flameante?” (1947, p. 87).

Es verdad que través de tantos millones de años de evolución biológica, la vida siempre ha triunfado sobre todo, pero al llegar al hombre y hacerse consciente de sí misma le incita a un dinamismo de expansión y de conquista. Y, cuando él, ante la realidad de las cosas descubre que la vida es vulnerable, se siente herido en lo más vivo y profundo, llenándose de desconcierto, pues cualquier tipo de sufrimiento es una humillación que atenta contra la existencia: “El mal y el sufrimiento que es su huella, no son otra cosa que la vida volviendo contra sí misma el poder de que dispone, la vida hiriéndose y mutilándose a sí misma” (Lavelle, 1940, p.5).

La multiforme presencia del dolor, su encarnizada pugna por hacer fracasar y destruir nuestra existencia, llena de inquietud a la conciencia. A la vista del mal que nos priva por doquier y del sufrimiento que personalmente experimentamos, hay una inclinación a pensar que la creación está como salida de su cauce y misteriosamente salpicada de hostilidad. A pesar del dominio

que el hombre ha logrado sobre la naturaleza, parece que esta siempre termina por doblegarlo y conducirlo a un irremediable fracaso.

El mal y, en consecuencia, el dolor y el sufrimiento, han sido para el hombre siempre un escándalo y un absurdo. Pero hoy el problema se ha agudizado, porque el hombre más que responsable se siente víctima de las nuevas y modernas alienaciones. Es cierto que el progreso técnico y científico ha resuelto muchas dificultades y problemas, sin embargo, a la vez, ha creado nuevas condiciones de penuria y esclavitud.

Hemos de reconocer que, en gran parte, el hombre es el responsable del dolor y del sufrimiento propio y de los demás. Una gran parte del mal existente es producto de la voluntad de los seres humanos. Observemos, por ejemplo, algunos casos de responsabilidad colectiva como el alcoholismo, pues se emplean todos los medios posibles para que estas bebidas sean consumidas, ya que beneficia al estado que percibe los impuestos y a los vendedores que obtienen las ganancias. Se suman la violencia de los derechos humanos y los sistemas sociopolíticos injustos, entre otros. Pero no existe solo este tipo de dolor en el que no se ve clara la responsabilidad individual debido a su misma amplitud y complejidad. Pensamos en las familias desintegradas, quienes, a su vez, irán transmitiendo sus propias desdichas. No es necesario seguir enumerando, pues en nuestra propia vida encontramos muchos ejemplos y a cada paso que damos, vemos la dura realidad del sufrimiento que nos rodea. Ocurre que cotidianamente lo vamos sembrando, ya que la torcida voluntad del hombre va desarrollando una dialéctica de dolor y pecado.

El mal siempre desborda al individuo, o sea que no hay ninguna falta que solo afecte a su autor, sino que esta alcanza una resonancia sobre los demás. Esto es porque procedemos en parte de los demás, de los demás adquirimos cultura, conciencia, saber, valores y otras experiencias más. El hombre es el resultado de toda una ascendencia, por ello, el conjunto de las decisiones humanas repercute sobre el destino de los hombres del presente y del futuro. Lamentablemente, el hombre no advierte el alcance social de sus faltas. Lo malo es que cuando se da cuenta ya es demasiado tarde, lo percibe cuando ha causado considerables daños y, sobre todo, cuando este daño ha salpicado a los inocentes. Lamentablemente, el hombre solo entiende el lenguaje más duro y, únicamente ante las víctimas causadas, se comprende la solidaridad de la voluntad culpable.

Frente al mal, al dolor y al sufrimiento, siempre queda algo oscuro, pero, sobre todo, cuando se trata del que no es consecuencia de la voluntad humana. Es este mal que surge, por así decirlo, de la mera concurrencia de las circunstancias, por ejemplo, los terremotos y demás cataclismos naturales. Es entonces cuando nos parece más escandaloso, pues contradice la idea de un mundo digno y habitable. Es en estos momentos cuando la conciencia más se rebela y busca desafortunadamente a un supremo responsable de tanto mal y sufrimiento que hay en el mundo. En efecto, ante tanto drama que ensombrece la tierra, muchos a través de la historia se han preguntado si no habría que acusar a Dios y exigirle cuentas por todo lo imperfecto y lo malo que acaece en el mundo. Mas las preguntas no encuentran respuestas claras y adecuadas por lo que el interrogante continúa presente: ¿Por qué el mal, el dolor y el sufrimiento? Sin embargo, los seres humanos, a pesar de las miserias que sufren, aprecian la vida y le tienen apego: pese a tanto dolor y amargura que oscurece la existencia, por encima de ello, la humanidad percibe un bien que merece la pena ser vivido, estimado y defendido.

### **Comprensión del sufrimiento y del amor desde las ciencias de la salud**

La salud y la felicidad no son meramente una cuestión privada y personal, sino una realidad pública; por esta razón desde lo público deben de existir políticas que garanticen a sus ciudadanos el goce del buen vivir, la vivencia de los derechos humanos tanto de primera, como los de segunda y tercera generación. Las políticas públicas, en esencia, deben ser garantía de la vivencia de la democracia, de la inclusión social, de la justicia distributiva, del cultivo de la dignidad humana, de la solidaridad en la misma nación y entre los pueblos, que las denominadas minorías también gocen de todos sus derechos.

Hoy en día, la salud mental es de interés de lo público, y se tiene por conocido que la mayor cantidad de problemas que aquejan a la salud mental de los ciudadanos se deriva de la violación a los derechos humanos, del no goce de dichos derechos. Los estados nación en gran medida son los responsables de la pobreza de salud mental de sus ciudadanos y en las políticas públicas se cifra la esperanza de la reivindicación, pues el principal derecho del ser humano en cada una de las etapas de su vida es ser feliz. Los nuevos escenarios del siglo XXI son un desafío para que todos los seres humanos gocen del buen vivir, de una vida saludable integral, que abarque todos los ámbitos de la vida humana, salud, educación, vivienda, cobijo, recreación.

La poetisa colombiana Meira Delmar, amalgama los conceptos felicidad y salud, llegando a la conclusión que la salud es la felicidad:

Antes pensaba que el valor fundamental de la vida era el amor, pero con el paso del tiempo he podido darme cuenta de que no era cierto. El valor más importante de la vida no es el amor, es la salud. (Delmar, 2000)

Con nuestro actuar tenemos que ayudarnos a abrir todas las posibilidades humanas, para explorar horizontes y posibilidades que muestren mejores caminos que conduzcan a la salud y a la felicidad con los cuales paliar el sufrimiento.

En la tradición biológica, los trastornos psicológicos se atribuyen a enfermedades o a desequilibrios bioquímicos. El médico Hipócrates (460-377a. C.), padre de la medicina moderna diagnosticó y trató la manía, la melancolía, la paranoia y la histeria. El biólogo Humberto Maturana, expresa que las personas se enferman por llevar modos de vida en los que de manera sistemática rechazan la vivencia de un amor sano y saludable. Pues, la Biología del Amor es reconocernos como seres amorosos aceptando la totalidad del otro (cuerpo y alma). El amor consiste, entonces, en conductas de reconocimiento y ayuda a los otros.

Sólo la aceptación del ser le devuelve el sentido a la vida y al hacer. Es aceptar al otro como un legítimo otro en la diferencia bajo la premisa del respeto mutuo. En otros términos, la Biología del Amor es el respeto mutuo que amplía la inteligencia. (Maturana & Verden, 1993)

A partir de la ciencia, la Asociación Internacional para el Estudio del Dolor (IASP) concibe “el dolor como una experiencia sensorial y emocional desagradable asociada con un daño tisular real o potencial, o que el paciente describe en los términos de tal daño” (IASP, 1979). En esta definición va implícito que:

- 1) El dolor es siempre subjetivo. Cada individuo aprende el significado de la palabra a través de experiencias relacionadas con daño en las etapas iniciales de la vida. De ahí la individualidad de la experiencia dolorosa, sobre la que influyen múltiples factores, incluidos los psicológicos y culturales (IASP, 1979).
- 2) Desde un punto de vista biológico, el estímulo que causa dolor indica que su causa podría dañar los tejidos, es, por tanto, una información del sistema nervioso sobre todo lo que suponga una amenaza para la vida (IASP, 1979).
- 3) No es sólo una sensación subjetiva que se percibe en una o más partes del cuerpo, sino que al ser esa sensación siempre desagradable se convierte en una experiencia emocional, en sufrimiento. El dolor se produce en el cerebro, no en los tejidos,

donde este sistema nervioso localiza la sensación, es una evaluación cognitiva de una sensación periférica (IASP, 1979).

Los seres humanos no sólo son organismos enfermos o conductas alteradas sino, esencialmente, personas que sufren, el ser humano no se puede reducir a un modelo biopsicosocial. La persona es el resultado de una historia individualizada de interacciones que confeccionan su biografía. La experiencia del sufrimiento diluye y desdibuja las biografías, es el drama que relata Primo Levi, un sobreviviente de Auschwitz, en su libro *Si esto es un hombre* comparte: “imaginaos ahora a un hombre a quién, además de a sus personas amadas, le quiten la casa, las costumbres, la ropa, todo, literalmente todo lo que posee: será un hombre vacío” (Levi, 2006, p. 96). Vivir desestructurado, sin identidad y sentido para la vida constituye un peligro no sólo para la persona en cuestión, sino también para la familia y la comunidad de pertenencia.

John Loeser y Ronald Melzack (1999), expresan que “el sufrimiento es una respuesta negativa inducida por el dolor, pero también por el miedo, la ansiedad, el estrés, la pérdida de personas u objetos queridos y otros estados psicológicos”; por su parte, Pedro Laín (1964), señala, “que un hombre enfermo es, esencialmente, una persona amenazada por la invalidez, el malestar, el aislamiento y la proximidad de la muerte”. Durante las últimas décadas se ha intensificado notablemente el conocimiento del dolor, principalmente a nivel neurofisiológico, las innovaciones tecnológicas han permitido comprender los mecanismos fisiológicos productores del dolor. Sin embargo, los tratamientos y medicamentos para combatir el dolor han devaluado la relación comunicativa de los profesionales de la salud con el paciente; los profesionales muchas veces ignoran la complejidad del sufrimiento humano, que va mucho más allá del dolor. Se hace necesaria una formación profesional que revalore el sufrimiento y contribuya a una mejor comprensión de estas vivencias humanas.

El estatuto epistemológico de las ciencias de la salud se encuentra en el de las ciencias aplicadas, la formación médica se asienta en la creencia de la causalidad formal, en términos aristotélicos. Se cree que la causa de una sintomatología reside siempre en una disfunción en términos fisiológicos, de allí que se sometan a los pacientes a exámenes continuos, de creciente precisión, con la certeza innegable de que esa causa única y fisiológica será

encontrada. El paradigma que impera en los cuidados de salud formal es el biomédico, sin considerar que existen dolores que no son de orden fisiológico. Sean cuales fueren las causas del dolor, estas ocurren en un cuerpo en el que el sistema nervioso tiene un papel muy importante. Los profesionales de la salud cuya formación exclusiva se asienta en la investigación de laboratorio y el método científico, raramente asumen que son observadores en su actuación profesional. Esta dificultad existe porque este tipo de formación usualmente se asienta en la creencia de que el conocimiento producido corresponde a la realidad, en términos epistemológicos, aunque en términos concretos y reales el paciente no se identifique con ello (Costa, 2016).

Se entrena a profesionales de la salud que piensan actuar sin creencias o representaciones psico-socio-espirituales, que creen que aquello a lo que sus cuerpos fueron sometidos en su existencia no influye en el modo de cuidar de los otros. Se defiende el mayor autocontrol emocional posible y, de preferencia, la inexistencia de emociones frente al sufrimiento humano. Sabemos que esto es imposible; el observador representa resultados (evaluados por él) de sus interacciones con otros y, afortunadamente, esto ya es asumido en algunos programas de formación de profesionales de la salud en los que se imparten también materias de corte humanístico para una comprensión más holística del enfermo (Costa, 2016). A través de las interacciones resultantes con sus propios estados lingüísticos, un sistema puede permanecer así siempre en situación de interactuar con las representaciones de sus interacciones. Cada vez se hace más necesario que los profesionales de la salud sean formados de cara a la propia vulnerabilidad, el principio de bienestar del enfermo está basado en la dedicación a servir al interés del paciente. El altruismo contribuye a la confianza, que es central en la relación de los profesionales de la salud-paciente. Las fuerzas del mercado, las presiones sociales y las exigencias administrativas no deben comprometer este principio (Costa, 2016).

Si se quiere aliviar el sufrimiento y facilitar el camino hacia la serenidad hay que aprender no sólo a explorar a los seres humanos como enfermos, sino también ayudarles, en lo posible, a adquirir control sobre la situación en la que se encuentran, disminuyéndoles el riesgo de la segregación identitaria, asumiendo patrones de atribución de significado, reconstruyendo las historias de vida. Para ello, en la actitud hospitalaria se tendrán que establecer relaciones apoyadas en la empatía, la humildad, la confianza, la escucha activa y el lenguaje corporal. Los profesionales de la salud deberían conocer y dominar a

fondo las habilidades de comunicación para llevar a cabo buenos diagnósticos, administrar buenos tratamientos y devolver la esperanza en momentos inciertos, conscientes que todos compartimos un destino común y que en algún momento nos tocara también enfrentar el sufrimiento.

El compromiso de la medicina se autodefine prácticamente en acciones propias para paliar el dolor o erradicarlo. Sin embargo, hay situaciones extremas en las que lo único posible para la ciencia es brindar un acompañamiento que contribuya a mejorar la calidad de vida del paciente. A nivel médico es imprescindible elaborar herramientas que asistan al paciente en medio de su drama interior con respecto a la vida, la existencia, la responsabilidad, la negación, la resignación, la aceptación, la reconciliación y demás realidades psicobiológicas presentes en la interioridad de la persona humana.

Además del acompañamiento médico se precisa de un acompañamiento espiritual en esta etapa final de la vida. Sus finalidades responden a las necesidades de ser reconocido como persona. Desde ahí se ha de releer la historia de vida que está religada a las vivencias religiosas del perdón, la reconciliación, el sentido de la vida, el amor y la proyección más allá de la corporeidad temporal para abrazar una auténtica esperanza.

La pandemia de COVID-19, no solamente produjo cambios profundos en la manera de relacionarnos, en la realización del trabajo, en formas de estudiar, en las actividades de ocio y recreación, en la vivencia de las prácticas religiosas; sino también, en la experiencia de la enfermedad y la muerte caracterizadas por el aislamiento de la familia y de su entorno, situación que conlleva a la soledad, a la imposibilidad de tener al lado a los propios seres queridos para estar acompañados. En el último aliento no hubo una voz amiga, escasamente la de los médicos o las enfermeras que trabajan en los hospitales al límite de sus fuerzas. Para las familias no hubo la vivencia de duelos funcionales, muchos duelos fueron complicados y patológicos por la imposibilidad en la ejecución de los rituales fúnebres acorde a las creencias, la falta de atención de la espiritualidad y de una despedida digna de los seres amados.

En el momento en el que la totalidad de las heridas del dolor se concentran en la vida de la persona, la vivencia de la fe nos asiste a conservar una honda esperanza, la oración del padre Pierre Teilhard de Chardin (1951), es expresión

de plena confianza y de abandono al amor de Dios que nos acoge, abraza y reconforta:

Cuando sobre mi cuerpo (y más aún sobre mi espíritu) comience a aparecer el desgaste de la edad: cuando se mezcle en mí desde fuera o nazca en mí desde dentro el mal que disminuye o envilece; en el momento doloroso en el que yo tome, súbitamente, conciencia que estoy enfermo o envejezco; en ese momento último, sobre todo cuando yo sienta que me escapo de mí mismo, absolutamente pasivo, en manos de las grandes fuerzas desconocidas que me han formado, en todas esas horas sombrías, concédeme Dios mío comprender que eres Tú quien elimináis dolorosamente las fibras de mi ser para penetrar hasta la médula de mi sustancia, para atraerme a Ti.

### **El mal, el dolor y sufrimiento en la literatura contemporánea**

No se puede negar que en la psicología del hombre de hoy pesan hechos vividos en la literatura, la poesía, el cine, el teatro. Los diferentes medios de comunicación social y las no lejanas dos últimas guerras mundiales, así como las continuas luchas y guerras hasta nuestros días hacen advertir una especie de presencia *satánica* en la historia de la humanidad, poniendo en crisis todo tipo de optimismo y esperanzas. No nos debe sorprender ahora, si el mal, el dolor y el sufrimiento, con toda su complejidad, ha inspirado parte de la literatura contemporánea, de Camus a Sartre; ellos, entre otros, ponen de manifiesto la dramaticidad de la condición humana. La poesía de Pablo Neruda condensa los aspectos dramáticos de la vida, ante la oscuridad del ser que paso a paso va encontrando obstáculos para labrar su camino en la vida:

Pero si ya pagamos nuestros pasajes en este mundo,  
¿por qué, por qué no nos dejan sentarnos y comer?  
queremos mirar las nubes,  
queremos tomar el sol y oler la sal,  
francamente no se trata de molestar a nadie,  
es tan sencillo: somos pasajeros.  
Todos vamos pasando y el tiempo con nosotros:  
pasa el mar, se despide la rosa,  
pasa la tierra por la sombra y por la luz,  
y ustedes y nosotros pasamos, pasajero. (Neruda, 1974)

Si realizamos un recorrido por las diversas facetas de la vida encontramos demasiadas razones que alimentan esta desesperanza. Pensemos por un instante en tantos cataclismos periódicos, armas cada vez más sofisticadas y mortíferas, nuevas enfermedades incurables, pandemias, multiplicidad de infortunios en clases sociales desfavorecidas, desplazamientos forzados, crecimiento de los refugiados, muerte lenta de millones de hombres, mujeres y niños por hambre. Sin ir más lejos veamos nuestra propia vida cotidiana: algunos días, al despertar tenemos pocas ganas de vivir y nos invade la desesperanza, siendo necesario para seguir viviendo recurrir a todo tipo de respuestas, casi la totalidad de ellas inútiles. Decía un biólogo: “No caben florituras sobre la nada. Y como nunca se dirá algo que valga la pena, mejor es que se nos deje saborear en la paz la áspera lealtad de la desesperanza” (Jerphagnon, 1966, p.113).

No podemos olvidar que el dolor es, para algunos autores, frecuentemente la roca del ateísmo, el sufrimiento es la más fuerte objeción contra la fe en Dios; ya desde la antigüedad se formuló esta cuestión:

Epicuro encontró la formulación más incisiva: o Dios quiere eliminar el mal, pero no puede, y entonces es impotente y no es Dios; o puede y no quiere, entonces es malo, es el verdadero demonio; o ni quiere ni puede, lo que lleva a las conclusiones anteriores a la vez; o quiere y puede, pero entonces ¿de dónde viene el mal? (Kasper, 1985, p.188)

Albert Camus (1951) plantea así el problema: si nosotros no somos libres, el Dios todo poderoso es el responsable del mal; si nosotros somos libres y responsables, entonces Dios no es omnipotente. Raissa Maritain se preguntaba:

Si Dios existe, es infinitamente bueno y omnipotente. Pero si es bueno ¿por qué permite tanto dolor? Y si es omnipotente ¿Por qué tolera a los malvados? Por tanto, Dios no es ni omnipotente ni infinitamente bueno... o no existe... era un pensamiento doloroso que no aceptaba completamente. (1956, p.34)

El mismo drama se encuentra en toda la obra de François Mauriac que recuerda de alguna manera el grito lanzado por Job contra Dios, pues sabe que la existencia del mal representa el único argumento serio contra la existencia de Dios. “¿Por qué el mal, pregunta la madre llorando, sin darse cuenta de que de esa manera expresaba la única demanda que podía sacudir la fe?” (Imbach, 1976, p. 21).

La literatura contemporánea, expresión de la experiencia existencial de nuestra época, subraya muchas veces que la fe es puesta en discusión de manera radical, comprometiendo incluso el significado mismo de la existencia frente al drama del mal y del sufrimiento. Al respecto, expresa Raissa Maritain: “En ningún caso es aceptable el estado de las cosas, sin una luz verdadera sobre su existencia. Si tal luz es imposible, es imposible la existencia y no vale la pena vivirla” (1956, p. 75).

Fiodor Dostoyevski describe de manera magistral este conflicto existencial en *Los hermanos Karamazov*, en el capítulo “La revuelta”, cuando Iván hablaba con Alioscia del sufrimiento de los inocentes, declaraba no aceptar ninguna explicación ante una sola lágrima de un niño inocente:

¿Puedes tú admitir la idea de que los hombres, para los cuales tú construiste de tí mismo, consientan en aceptar una felicidad edificada sobre sangre inocente de un pequeño mártir y que después de haberla aceptado, puedan vivir felices para siempre? (Dostoyevski, 1965, p. 331)

Albert Camus, a los 17 años, asistiendo en Argel a una gran desgracia en la cual un niño fue atropellado por un camión, elevando un dedo al cielo, se vuelve a un amigo suyo que estaba a su lado y exclamó: “¿ves?, allí se oculta”, y por esta experiencia vivida más tarde hará su más radical afirmación: “Desde el momento que el orden del mundo es regulado por la muerte, sería mejor para Dios no creer en él y luchar con todas las fuerzas contra la muerte, sin alzar los ojos al cielo, donde Él se oculta” (1947, p. 179). En otra de sus obras dirá: “Dios es el padre de la muerte y el escándalo supremo” (Camus, 1951, p. 184).

Pero para Camus el problema del dolor cobra mayor dramatismo, ante el sufrimiento de los inocentes y especialmente de los niños, lo que hace más tenebroso el enigma. En su obra *La peste*, Camus expone el problema de una manera radical. Recordemos las circunstancias del drama: una epidemia de peste está asolando a Orán y el azote causa centenares de víctimas diariamente. La peste que comenzó manifestándose en la muerte de las ratas que lo invadían todo, ataca al hombre y se extiende por toda la ciudad, los médicos no pueden dar una explicación satisfactoria al asunto, el sacerdote habla al principio de un “castigo de Dios”. Entonces, el argumento fuerte que se le pone en contra es precisamente este: ¿y los buenos?, ¿y los niños y los inocentes? El interrogante permanece a lo largo de toda la obra sin encontrar una respuesta satisfactoria. Me permito transcribir la escena donde se ve con mayor claridad esta cuestión:

En un lazareto, un niño acaba de morir, el jesuita Paneloux y el doctor Rieux dialogan en el patio, entonces Rieux exclama con violencia: Este al menos era inocente. Usted bien lo sabe –lo sé, murmuró Paneloux. Esto nos indigna porque excede nuestra capacidad de comprensión. Pero tal vez deberíamos amar lo que no podemos comprender– Rieux saltó de golpe miró a Paneloux con toda la fuerza y la pasión que era capaz y sacudió la cabeza –No, padre, dijo: tengo otra idea del amor y rehusaría hasta la muerte amar una creación donde los niños son torturados (Camus, 1947, p. 178).

Y un poco más adelante, Camus nos da a conocer las reflexiones que se hace Rieux, mientras escucha un sermón de Paneloux:

Paneloux atrajo su atención cuando dijo con fuerza que respecto a Dios había cosas que podían ser explicadas y otras que no podían serlo. Ciertamente, existía el bien y el mal y, en general, uno podía fácilmente distinguirlos. Pero dentro del mal, empezaban las dificultades, por ejemplo, existía el mal necesario en apariencia inútil. Había un Don Juan sumergido en los infiernos y la muerte de un niño. Ya que, si es justo que el libertino sea fulminado, uno no se explica el sufrimiento del niño. Y, en verdad, no había nada más importante sobre la tierra que el sufrimiento de un niño y el horror que este sufrimiento acarrea, y las razones que es preciso encontrar. En todo lo demás, Dios nos da facilidades y, hasta allí, la religión no tenía ningún mérito; por el contrario, allí él nos metía en un atolladero. (Camus, 1947, p. 183)

Planteaba la dificultad de esta manera, prácticamente el problema queda insoluble, pues ninguna explicación, por dulce que sea, no cambia nada esta dura realidad, pues nos encontramos ante lo más escandaloso y odioso. Y, si la fe nos llevase a admitir que en el fondo “todo es para bien en el mejor de los mundos” sería preciso rechazarla y ponernos al lado del “hombre rebelde”, del que Camus nos ha ofrecido el alma maltrecha y rabiosamente noble. Esta es la actitud de Iván Karamazov, el personaje de Dostoyevski, acerca del cual Camus escribe:

Iván encarna la negativa a la salvación. La fe conduce a la vida eterna. Pero la fe supone la aceptación del misterio del mal, la resignación ante la injusticia. Así, pues, aquél, a quien el sufrimiento de los niños impide llegar a la fe. No alcanzará la vida eterna. Aunque la vida eterna existiese, en esas condiciones Iván la rechazaría. Le repugna tal cambalache. Sólo incondicionalmente podría aceptar la gracia, ya que es él mismo el que ha de poner sus condiciones. La rebeldía lo quiere todo, o no quiere nada. Toda la ciencia del mundo no vale lo que las lágrimas de los niños. (Camus, 1942, p. 77)

Por tanto, mientras Camus luchaba por restituir al hombre a sí mismo, y por ayudarlo a superar las contradicciones y la absurdidad de la vida, lograba advertir que todo ello era solamente posible a la luz de la inmortalidad y la eternidad. Ni el *Mito de Sísifo* presenta una vía de salida para saltar el cerco del mal con certeza: “Certeza de un Dios que dé significado a la vida y que supere mucho el atractivo de poder hacer el mal. La elección no parece difícil –Camus añade enseguida– no hay elección” (Camus, 1942, p.143).

Todavía hoy, se va delineando una solución en la cual se ve que el problema del mal y del sufrimiento exige un profundo replanteamiento y la petición de explicación siempre aparece como una apelación a la fe y al amor, no obstante, la problemática está presente y actúa en el mundo.

Es evidente que el tema dominante de muchos de los escritores de hoy es la búsqueda de respuestas al dolor existente en el mundo. Desafortunadamente, algunos de ellos tan solo escuchan sus voces interiores y perciben únicamente la fachada del mundo, pese a que el mal camina con los hombres y los hiere. Es la marejada del dolor y es la vida como sufrimiento. Por ello, continúa la demanda que aún sigue sin una respuesta adecuada: ¿Por qué el dolor en el mundo? ¿Por qué el escándalo del sufrimiento de los inocentes? ¿Por qué la opresión, la explotación, la angustia, la enfermedad, la muerte? ¿Cómo exorcizar el terror, absurdo y colectivo, que ha zanjado el corazón de la totalidad de los seres humanos? Ferruccio Parazzoli en su obra *Indignación sobre la crucifixión*, escribe:

Toda historia que se estime es una teología, esto es la búsqueda de un responsable [...] y, por aceptar la vida suplicamos que toda cosa, aún la más cotidiana y banal, tenga la forma que la haga desciftable, una realidad tan rica que es indesciftable. (Parazzoli, 1982, p. 85)

Esta es la razón por la que el hombre siempre está en la búsqueda de un signo que oponer al dolor, a la miseria, a la irracionalidad, a la fragilidad de la existencia. Pero ¿Dónde encontrar este signo? ¿Cómo hallarlo? Paradójicamente, lo encontramos en el dolor que aparece junto a Dios. Dios es llamado por muchos como el causante del mal y del sufrimiento, sobre todo en el desafío de su negación. Dios está cerca de lo negativo, en lo diverso de las cosas, en la tentativa de huir del espanto producido por el silencio de Dios, a través del sufrimiento.

La cruz representa una de las mayores paradojas. Para muchos autores de nuestros días, la cruz suscita escándalo, porque afirma que la vida pasa a través de la muerte, siendo esta indigna de ser aceptada pues es siempre mala, absurda y solitaria. Elsa Morante afirma:

Nuestra muerte es la soledad, es el sufrimiento, el vacío de toda esperanza. Es el llanto hasta que seamos engullidos piadosamente por la muerte que es la sola realidad cierta, abismo voraz en el cual todo confluye y se pierde. (1982, p. 271)

Para un personaje de su obra *Aracoeli*, Morante afirma: “La muerte no es la región fabulosa del más allá, sino una voluta de humo sobre la tierra, hilo sutil que al diseñarse ya se desvanece; o un eco híbrido donde toda palabra es distorsionada” (1982, p. 271).

André Malraux, luchó largamente por hacer del hombre nulo una realidad, por darle sentido a su vida, por hacer del hombre que: “No sólo quiere ser potente sino omnipotente... que sueña con ser Dios” (2017, p. 180). El hombre quisiera huir de su condición humana, pero la verdad es que la persona vive reclusa en la prisión del mundo, en donde se agita, se ilusiona, busca, grita, pero termina sofocado por la soledad en la cual se ve sumido. Vive desesperadamente solo, encerrado en una absoluta incomunicabilidad, solo en compañía de la muerte que camina a su lado ajándose y “que se desarrolla en nosotros como un cáncer, irrevocable e irremediamente para siempre” (Malraux, 2017, p. 178). Para Malraux: “El conocimiento de un ser es un sentimiento negativo; el sentimiento positivo es la realidad de la angustia de ser siempre un extranjero hacia lo que se ama” (Malraux, 2017, p. 185). Se está solo en el mal como en la acción, en el pensamiento y, tal vez, aún en el amor, pero sobre todo se experimenta la más inmensa soledad frente al dolor y la muerte.

La muerte representa la tragedia de la cual nace la máxima experiencia del absurdo y hace comprender el sentido negativo del universo; la muerte es la irrefutable prueba de lo absurdo de la vida. Malraux, se resiste a creer en Dios a la vista de cualquier tipo de sufrimiento:

Ciertamente existe una fe muy alta: aquella que sugieren todas las cruces de los pueblos y aquellas mismas cruces que dominan nuestros muertos. Ella es el amor y en ella está el reposo, pero no la aceptare jamás porque, por más profunda que pueda ser la experiencia cristiana del mundo, siempre culmina en la soledad (Malraux, 2017, p. 414).

Tal soledad es vista en términos espantosos por Franz Kafka, para quien el hombre de cualquier parte se engaña, no ve que falló y su desesperación lo conduce a sentirse solo, extraño y enemigo. Es extraño porque las cosas de este mundo se convierten para él en cosa de otro mundo en cuanto se descubre incapaz de verlo, contemplarlo y comprenderlo; enemigo porque todo le recuerda su situación de intruso (Kafka, 1960).

Kafka queda marcado profundamente por la infelicidad. Una imagen escrita en su diario, el 6 de diciembre de 1921, explica claramente esta situación: “Dos niños solos en casa, entraron en un baúl, la tapa se cierra, ellos no pudieron abrirla y murieron sofocados”. La condición humana es esperar sin esperanza la muerte. “El hielo del corazón –escribió– no me abandonará jamás” (Kafka, 1960, p. 117).

Para Kafka este es uno de los primeros signos con que comenzamos a percibir el deseo de la muerte, pues esta vida se hace insoportable, inalcanzable. Él, a la vez, teme y quiere a la muerte, pues ruega ser transferido de la vieja celda que odiamos a una nueva que deberíamos ahora encontrar y odiar. Para Kafka la fe y el sufrimiento son incompatibles. En un folleto dejó escrito: “Cristo sufrió por la humanidad, pero la humanidad debe sufrir ahora por Cristo” (1960, p. 74).

Para Jean Paul Sartre el sufrimiento es la negación de todas las posibilidades humanas, estamos irremediabilmente condenados a unas conquistas sin sentido y a unos anhelos sin cumplimiento. Lo confirma la muerte que es el mayor de los absurdos y cosa del azar. “Todo existente nace sin razón, se desarrolla por debilidad y muere por azar” (Sartre, 1943).

La muerte quita todo sentido a la vida. La vida es, en efecto, proyecto y espera; el término debiera ser fruición y reposo. Pero jamás se llega a este final, pues el sufrimiento y la muerte interrumpen desde el exterior, la propia realización, suprimiendo toda búsqueda y al mismo sujeto que la realiza. Toda espera de la muerte resulta ininteligible, ya que es el triunfo sobre toda esperanza que define la existencia. Albert Camus, más fuerte que los anteriores, ha gritado que la muerte es mala, escándalo, sufrimiento, ignominia. “El mundo es bello –decía Camus– y fuera de él no hay salvación” (Camus, 1951, p. 174). Por ello, una gran protagonista de su obra es la muerte. Cada hombre vive con el miedo angustioso de la muerte, miedo que surge de lo profundo de su ser, que lo

destruye y lo sume en la más tétrica soledad, porque cada hombre muere solo e indefenso.

Simone de Beauvoir, cuando analiza el escándalo de la muerte, confiesa su turbación y sus interrogantes con estas palabras:

No se muere por haber nacido, ni de haber visto, ni de viejo, se muere de cualquier cosa. No existe una muerte natural: lo que ocurre al hombre jamás es natural. Porque su sola presencia pone en cuestión al mundo. Todos los hombres son mortales, más para cada hombre la muerte es un caso fortuito y aunque se le conoce y se acepta, es indebida. (De Beauvoir, 1980, p. 101)

Y más adelante afirma: “El camino de la vida prosigue, pues, ¿qué es sino un camino hacia la muerte? La muerte no es sino el más horrible, el escándalo más misterioso, un sinsentido que justifica cualquier rebelión” (De Beauvoir, 1980, p. 102).

Para muchos pensadores cualquier tipo de mal, dolor o sufrimiento son inexplicables y un sinsentido. Ni la cruz de Cristo puede dar sentido a todo este drama, pues ella en sí misma es una paradoja y un escándalo, es el sinsentido por excelencia. Para Nietzsche la cruz no es sólo el residuo de antiguos cultos expiatorios, donde un Dios despótico y sanguinario tenía necesidades de ser aplacado con un sacrificio humano, sino que constituye un significado más íntimo como es la negación de la misma vida, de la fuerza, de la belleza y, en general, de todos aquellos valores que hacen la vida digna de ser vivida. Él afirmaba: “El cristianismo posee a su base el rencor de los enfermos, el instinto directo contra los sanos, contra la salud. Todo cuanto está bien hecho, bello, presuntuoso, sobre todo la belleza ofende a aquellos los ojos y los oídos” (Nietzsche, 1970, p. 218).

A la luz de los pensamientos de Nietzsche, varios autores han realizado una transmutación de valores, como André Gide quien escribe:

Mandamientos de Dios, vosotros me habéis adolorido el alma, mandamientos de Dios, ¿seréis diez o veinte? ¿Hasta dónde llegan nuestros confines? ¿Enseñaréis que son siempre nuevas cosas prohibidas? ¿Nuevos castigos amenazando a la codicia de todo el que haya encontrado algo bello sobre la tierra? Mandamientos de Dios me habéis dejado el alma adolorida. (Gide, 1970, p. 53)

Además, en su obra *Teseo*, expresa la más ruda repulsa a Dios:

Es necesario cesar de ver a Dios y a Cristo para ver al mundo... Yo continúo hijo de esta tierra y creo que el hombre, cualquiera que sea y por limitado que lo juzguen, debe jugar la carta que tiene... He gustado los bienes de la tierra. Me es dulce pensar que después de mí, gracias a mí, los hombres se sentirán más felices, mejores y con mayor libertad. Por el bien de la humanidad futura he realizado mi obra. (Gide, 2001, p. 108)

Gide siempre buscó algo distinto que diera sentido y explicación a la existencia y al dolor humano, pero nunca encontró una respuesta. Meses antes de morir escribe: “hay más luz en las palabras de Cristo que en cualquier otra palabra humana. Pero esto no basta para ser cristiano, pues precisa creer y yo no creo” (Gide, 1970, p. 170). También para Cesare Pavese el dolor no es más que un sinsentido, un absurdo, porque su gran tremenda verdad de esta es: “Sufrir no sirve a nadie” (Pavese, 1977). Dirá que el sufrimiento humano es mayor que el Dios sobre la cruz porque:

¿Hay alguno que renuncia pudiendo evitarlo? Esta caridad no es otra cosa que el ideal de la impotencia. Entonces, basta con la virtuosa indignación... Pero esto no elude que la cruz de la desilusión, del fracaso, del vencido –yo– sea atroz de soportar. Después de todo, el más famoso crucificado era un Dios: ni decepcionado, ni fallido, ni vencido. Aún con toda su potencia ha gritado ‘Elí’ pero después se ha repuesto y ha triunfado, lo cual sabía de antemano. ¿Era por este pacto que quería la crucifixión? Muchos han muerto desesperados y todos ellos han sufrido más que Cristo. (Pavese, 1977, p. 59)

Es difícil precisar la causa del sufrimiento, o del mal que va junto a él. De la pregunta del sufrimiento nadie puede escapar, el interrogante se hace más evidente cuando se palpa el sufrimiento en toda su intensidad y se le pide a Dios que haga presencia para que ayude a evitarlo, o al menos a aliviarlo.

Elie Wiesel, judío, premio Nobel de la Paz en 1986 y superviviente del campo de exterminio de Auschwitz, comenta que las SS nazis, colgaron a dos hombres mayores y a un joven delante de todos los internados en el campo de concentración, los mayores murieron rápidamente, la agonía del joven duró media hora, y un hombre preguntó, ¿Dónde está Dios, dónde? después de un largo rato, el joven continuaba sufriendo, colgado del lazo, otro hombre decía, ¿Dónde está Dios ahora?, entonces, Elie Wiesel contestaba en su interior: Aquí, aquí está, ahorcado en este patíbulo (Wiesel, 2008).

Teilhard de Chardin, en su cosmovisión advierte que el sufrimiento, el dolor y el mal son parte integrante de la génesis y evolución de la humanidad y del

cosmos, pero el sufrimiento no será lo que prevalecerá, pues el término es el cumplimiento en Dios, por la Resurrección de Cristo. Teilhard de Chardin en la Carta a los Romanos encuentra el sentido del sufrimiento:

Estimo pues, que los sufrimientos del tiempo presente no son proporcionados con la gloria que debe revelarse en nosotros. Pues la creación espera con impaciencia la revelación de los hijos de Dios: liberado del poder de la vanidad, no por su decisión, sino por la autoridad de aquel que le ha liberado, ella guarda la esperanza, pues ella también será liberada de la esclavitud de la corrupción, por tener parte en la libertad y en la gloria de los hijos de Dios. Nosotros lo sabemos ciertamente: la creación entera gime aún hoy con dolores de parto (Rom 8:18-22).

El apóstol Pablo dirá que por la resurrección de Cristo se ha vencido a la muerte que es la forma máxima del mal, “desde ahora, desde esta vida, hablando de la muerte, la forma más dolorosa del mal: la muerte ha sido destruida por la victoria de la resurrección de Jesucristo. Muerte, ¿dónde está tu victoria?” (1Cor 15:54-55).

Es verdad que los creyentes proclamamos que Cristo ha resucitado y que su Resurrección es el sentido y superación del sufrimiento. Sin embargo, ante el malestar que nos produce la lectura de los textos, como los antes citados, tenemos que pensar que el problema del mal, del dolor y del sufrimiento rebasa los planteamientos humanos, por lo que nos encontramos ante un misterio, es decir, una realidad tan rica y profunda que no se puede reducir a algo conocido, pero que, sin embargo, es necesario asumirla porque todos estamos implicados en ella.

Pero, tal vez, lo más curioso es que, ante fenómenos como los narrados en los textos anteriores, todos levantamos los ojos contra el destino, la suerte o la Providencia. ¿No sería más lógico comenzar por preguntarse si no tendremos nosotros y el mundo que hemos construido una buena porción de responsabilidad en esos dramas? Porque resulta que hemos comenzado por construir o tolerar un mundo injusto y luego volvemos los ojos contra el cielo para quejarnos ante él de las injusticias. ¿Acaso hizo el cielo que la mayoría de las personas vivieran miserablemente, que tengan que vivir con mediocre salud o educación, que las asistencias médicas lleguen a los pobres de manera tarde o nunca? ¿Tendremos que pasarnos la vida exigiéndole a Dios que baje a tapar los agujeros que nuestras injusticias han creado, nuestras divisiones de clases, nuestras salvajes distribuciones de la riqueza, los dramas causados por el narcoterrorismo, los desplazamientos forzados, las migraciones, la trata de

*Xihmai* 142

personas, la violación de los derechos humanos, el negocio de las armas, la corrupción de los estados, la devastación del planeta? No será que tendremos que empezar por estas preguntas y resolverlas, y después seguir con las preguntas que nos desbordan. Lo duro es que esas preguntas que nos desbordan no tienen respuesta. La vida del hombre y su destino –nos guste o no– se realiza entre nieblas. Y no hay fe que pueda dar explicaciones tranquilizadoras o lógicas. Tener fe es, en no pocas ocasiones, asumir ese riesgo de la ceguera y entrar simplemente en el amor, a pesar de todo. La fe no borra el sufrimiento, pero permite experimentar la cercanía y la ternura de Dios en medio del dolor. Un creyente tiene con frecuencia que coger la realidad con las dos manos y marchar cuesta arriba de sus oscuridades, con el mismo jadeante esfuerzo de los que no creen. Dios es amor, no morfina o silogismos matemáticos o metafísicos explicables. Precisamente porque nuestra vida es corta y muy compleja, hay que amar a fondo y muy de prisa (Martín, 1991).

De todas formas, nos encontramos ante un problema de enfoques; tenemos el problema de dos verdades que chocan entre sí y tratan de eliminarse mutuamente, ante ello debemos evitar de caer en el maniqueísmo estableciendo dos principios iguales y contrapuestos: el bien y el mal. Por un lado, tenemos a un Dios bueno y providente y por otro lado el dolor y la muerte, tan ciertos y evidentes. Por lo que, en este caso tenemos que aplicar el principio de la interpretación para la Sagrada Escritura que nos proporciona San Agustín: “Cuando notas una contraposición entre la autoridad de la Escritura y la verdad, es que no has sabido penetrar en el sentido genuino de la Escrituras” (San Agustín, 1964). O el posterior de León XIII: “dado que lo que es verdad no puede en ningún modo contradecir a lo que es verdad, quiere decir que algún error se ha insinuado a tu interpretación” (León XIII, 1879).

La ciencia tiene un discurso, un lenguaje y una metodología propia y la teología posee otro discurso muy diferente. Es una reflexión sobre la revelación y la fe, pero hay momentos en los que la ciencia y la teología tocan temas de frontera, tales como el origen del hombre, la evolución, el origen de la vida, el sufrimiento, el final del ser humano. El problema es que en los temas de frontera es difícil hacer tanto, buena ciencia como teología, y se pueden contaminar los lenguajes. La biblia está escrita en un lenguaje simbólico y la ciencia está constituida por teorías que necesitan de una relación dialógica del conocimiento para explicar la realidad natural o social. Esta peculiar forma comunicativa permite analizar, criticar, corregir, rechazar o aceptar las ideas

del otro y con ello enriquecer el conocimiento. En esta relación dialógica la ciencia puede ayudar a la teología a purificarla de sus errores y supersticiones y a la vez, la teología puede ayudar a la ciencia a superar sus ídolos y absolutos. El ser humano en su encierro en la razón teórica Kantiana y en su subjetividad, o en su búsqueda de autonomía plena, o en cierto desprecio por el problema del mal, del dolor y del sufrimiento, declaró inexistente a Dios. Al hacerlo perdió su sentido profundo de trascendencia, porque como declaró San Agustín, “nos has hecho, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti” (San Agustín, 1964), el camino intelectual de San Agustín representa la relación armónica entre fe y razón, Dios está cerca del corazón humano, en sus más profundos anhelos y en la búsqueda de la esperanza y de sentido de vida, en *Confesiones de San Agustín* expresa su experiencia de amor, de esperanza y de entrega confiada al Dios Uno y Trino, immanente y trascendente:

¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, más yo no lo estaba contigo. Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y fugaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed, me tocaste, y abráseme en tu paz. (San Agustín, 1964, pp. 27-38)

Hemos de observar que verdaderamente el mal plantea problemas, pero el solo hecho de llegar a plantearlo es más misterioso que el mismo problema del mal. Pues el hombre, al reflexionar sobre su situación en un mundo en el que él se ve progresivamente implicado, significa una pregunta de más difícil respuesta que aquel problema. Cuando el hombre deja de ser un misterio para sí mismo, entonces ya no puede soportar ningún otro misterio.

El misterio del mal no se deja reducir ni aprisionar en los habituales esquemas de la razón humana. El mal y el sufrimiento desbordan nuestra condición y, desafortunadamente, las posturas para dilucidar este misterio, adoptadas tanto por creyentes como por no creyentes, casi siempre son extremas y radicales, lo cual no nos conduce a una interpretación equilibrada. Nédoncelle se refiere a esta disyuntiva en los siguientes términos:

Los creyentes admiten la causalidad de Dios en cuanto a la creación del mundo, pero no la aceptan cuando se trata de soportar los defectos de lo creado. Los incrédulos se resisten a creer, porque niegan todo valor a los argumentos basados en la causalidad que, según ellos, es imprescindible para poder demostrar la

existencia de Dios, pero recuperan al instante la creencia en la causalidad, cuando de lo que se trata es del problema del mal. Entonces, combaten la existencia de Dios, porque según dicen, es responsable de todos los males. La honradez intelectual no es cosa demasiado frecuente (Nédoncelle, 1997, p. 170).

El científico y filósofo Francisco Ayala, quien es profesor de biología molecular evolutiva y filosofía de la Universidad de California, señala que la teoría darwinista explicaría suficientemente las contingencias evolutivas sin necesidad de apelar a un diseñador a quien habría de tachar de incompetente o sádico.

Los defensores del diseño inteligente harían bien en reconocer la revolución de Darwin y aceptar la selección natural como el proceso que explica el diseño de los organismos, así como las disfunciones, las rarezas, las crueldades y el sadismo que se hallan por todas partes en el mundo de los vivos. Atribuir estos a una actuación específica por parte del Creador equivale a blasfemia. (Ayala, 2014)

El creacionismo fundamentalista en lugar de defender a Dios, blasfema contra Él. Que Dios no sea calumniado con la imputación de un diseño incompetente. Ayala afirma:

La ciencia es compatible con la fe cristiana, mientras que el diseño inteligente no lo es. El libro de la Biblia y el de la naturaleza son inspirados por Dios, aunque escritos en caracteres y condiciones diferentes y, por tanto, compatibles a condición de una correcta interpretación de las Escrituras, no siempre literal; la Biblia en orden a la salvación y las demostraciones científicas en orden al conocimiento de la naturaleza. (Ayala, 2014, p. 82)

Una actitud metodológica debe exigirse a la teología y a la creencia religiosa: no hacer afirmaciones en el ámbito científico que sobrepasan su competencia propia. Esta ha sido una actitud sólida de la tradición de la teología cristiana desde San Agustín y Santo Tomás hasta nuestros días. Es la postura oficial de la Iglesia en los concilios y encíclicas de los romanos pontífices, en los que se reconoce la legitimidad del conocimiento científico y, por otra parte, la necesidad de un diálogo de los resultados de la ciencia que pueden iluminar asuntos de fe. Enseñaba San Agustín sobre la oportuna interpretación del libro del Génesis: “si sucede que la autoridad de la Sagrada Escritura es puesta en oposición a un razonamiento claro y cierto, eso significa que la persona que interpreta la Escritura no la entiende correctamente” (San Agustín, 1964). En la misma línea de pensamiento, el cardenal César Baronio (Siglo XVI) formula la frase: “La Biblia fue escrita para mostrarnos como llegar al Cielo, no cómo es el cielo”.

El 3 de octubre de 1981, en su discurso a la Academia Pontificia de las Ciencias, Juan Pablo II manifestaba:

La Biblia nos habla del origen del universo, no con el propósito de comunicar un tratado científico sino en orden a establecer las relaciones apropiadas del hombre con Dios y con el universo. Las Sagradas Escrituras desean declarar simplemente que el mundo fue creado por Dios, y con el fin de enseñar esta verdad se expresa en términos de la cosmología conocida en los tiempos del escritor sagrado, cualquier otra enseñanza sobre el origen y la composición del universo es ajena a las intenciones de la Biblia, la cual no pretende enseñar cómo se formó el firmamento, sino cómo llegar al cielo.

La ciencia no observa ni el sentido ni el sinsentido de las cosas solo causa y efecto. La ciencia es una forma de conocimiento, pero no es la única. El conocimiento también deriva de otras fuentes como el sentido común, la experiencia artística, la reflexión filosófica, la experiencia religiosa.

Hablar desde el misterio de Dios al misterio del mundo, en el cual el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob y de Jesucristo se encarnó, sufrió muerte de cruz y resucitó. Este misterio del amor de Dios, que todo lo envuelve, se juega entre la cálida luz y la dura luz, es la razón de la esperanza. No parece fácil, sino extremadamente difícil, y no podemos atribuirle nuestros propios puntos de vista como si se tratara de uno de nosotros. Pues todo lo que podemos decir de Dios queda infinitamente alejado de lo que Él es, ya que entre Dios y nuestro mundo conceptual hay un gran abismo. Cuando se atribuyen a Dios antropomorfismos de manera unívoca, y no análoga, estos se convierten en doctrina errónea. Como dice Nédoncelle:

La doctrina blasfema de un Dios indiferente que deja que el mundo sufra y se hunda, o aquella, aún peor, de un supremo espectador que nos pone a prueba para contemplar nuestros egoísmos y nuestras caídas y para experimentar una gloria de un raro sabor. Un Dios calculador que inventa la seducción del mal, luego la tortura, para educar a los hombres. ¿Cómo es posible que el verdadero Dios emplee una técnica tan horrible? Aun entre nosotros, no podríamos llamar bueno al hombre que actuara tan insidiosamente con sus amigos y los sometiera a semejantes indignidades. Cualquiera que sea la solución de nuestros enigmas no puede encontrarse en esa dirección. Una dominación divina que no nazca de un deseo de liberación es un ídolo. (1997, p. 172)

Por otro lado, la razón no puede dar cuenta de la totalidad de la experiencia humana, de ello da más razón el amor, nunca llegamos al conocimiento pleno del hombre, siempre quedan en él secretos los cuales no alcanzamos a

comprender, como afirma Pascal: “El corazón tiene razones que la razón desconoce” (Pascal, 1972). “La inteligencia nunca puede dar cuenta de lo afectivo, y, por tanto, al no poder abarcarlo, la inteligencia no puede pretender la plenitud del ser”. (Pascal, 1972).

La razón no puede dejarnos satisfechos, sus explicaciones son insuficientes, constatamos que la experiencia nos dice más, el misterio del dolor nos sigue interrogando, lo cual nos hace concluir con Pascal: “No hay nada tan razonable como desautorizar a la razón” (Pascal, 1972, p. 103). Sobre todo, cuando esta pretende ser la única explicación al misterio del hombre y a la complejidad de la existencia. La iluminación al misterio del sufrimiento lo encontramos siempre en el dolor que aparece junto a Dios, pues el ejemplo más alto viene dado por Jesucristo: “Que muere en la convivencia con Dios, se deja romper y destruir” (Parazzoli, 1982, p. 74). Cristo y su cuerpo unido a la cruz nos ayudan a soportar la aparente carencia de lógica de la creación. El dolor encuentra así una respuesta a través de Cristo: “Si somos capaces de leer el sentido de la crucifixión de Cristo, estaremos en grado de descubrir el significado de cualquier crucifixión, de la cruz de todos los días” (Parazzoli, 1982, p. 94). En Dios hay infinita alegría. Alegría que desborda y se derrama luminosa en cada criatura. Aun en medio de tanto dolor y sufrimiento, el mundo entero es un canto de gozo que brota del excelso amor de Dios.

### **Comentarios finales**

Hay una pedagogía del dolor y del sufrimiento que enriquecen el sentido de nuestras vidas. Permiten comprender nuestros límites y nos abren a relaciones empáticas y de solidaridad. Permiten caminos de conversión ética y religiosa jerarquizando los valores de la existencia alcanzando mayor autenticidad y orden en nuestra existencia. Nosotros sabemos que Dios comprende nuestros dolores, enfermedades y sufrimientos, porque él mismo la ha experimentado en primera persona (cf. Heb 4:5).

En Jesús, el Inocente crucificado, Dios ha hecho suya la muerte de los inocentes de todos los tiempos, si Dios no evitó la Cruz a su propio Hijo, parece lógico que también cuente con ella para nosotros, no como castigo, sino como prueba de nuestro amor. (Monge, 2012)

El crucificado permanece a lado de nosotros y no nos deja jamás, Él se encuentra presente en todos los instantes más complejo y dolorosos de nuestra vida.

Nuestros sufrimientos son caricias bondadosas de Dios, llamándonos para que nos volvamos a Él, y para hacernos reconocer que no somos nosotros los que controlamos nuestras vidas, sino que es Dios quien tiene el control y podemos confiar plenamente en Él. (Madre Teresa de Calcuta, 1910-1997).

El Nuevo Testamento encontró una respuesta definitiva de sentido al dolor: Jesús, pues entró sufriendo a este mundo desde el momento de la Encarnación. Se identificó plenamente con los hombres caídos, siempre fue solidario con ellos, liberándolos de todos los males. Su vida culmina en la Cruz cuyo misterio tiene una estrecha relación con la liberación del sufrimiento, “la cruz es el gran abrazo de solidaridad y, sobre todo, de consuelo, de Dios con el ser humano sufriente” (Tomás de Aquino, 2012). La primera carta de Pedro (1:17) asevera que: “es preferible sufrir haciendo el bien, si esta es la voluntad de Dios, que haciendo el mal”, el ser humano en muchas ocasiones debe de asumir el sufrimiento que conlleva optar por el bien, por lo recto, lo justo; servir con bondad y benevolencia implica asumir los sufrimientos con los que nos configuramos con Jesucristo. Cuando se acepta sufrir por el bien,

Es como si difundiéramos a nuestro alrededor las semillas de la resurrección, las semillas de vida e hiciéramos resplandecer en la oscuridad la luz de la Pascua, pues el mal no se vence con el mal, sino con amor, humildad, misericordia y mansedumbre. (Francisco, 2017)

En la carta *Salvifici Doloris* (1984) Juan Pablo II manifiesta que:

El sufrimiento suscita compasión, respeto y a su manera atemoriza, es un misterio que desgarrar la vida, por ello hay que acudir a la fe, lo superior explica lo inferior, lo absoluto explica lo relativo y lo eterno lo contingente.

Desde la cruz, el sufrimiento y el dolor “será redimensionado con una visión nueva, el dolor será vinculado al amor, sufrir no será de ahora en adelante sino amar” (Juan Pablo II, 1984), Jesús es el médico que cura con la medicina del amor. El ser humano sufre y su sufrimiento se asocia a la cruz de Jesucristo, Hijo único de Dios que muere por amor; por lo tanto, “el sufrimiento se transforma en fortaleza salvífica, la desventura en potencia redentora, el dolor en la medida en que se une al sufrimiento de Cristo, se colma de valor y se transforma en corredención” (Lewis, 1994).

El Papa Francisco en su primera Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* del año 2013 refiriéndose a la solidaridad humana frente al sufrimiento expresa:

Allí está la verdadera sanación, ya que el modo de relacionarnos con los demás que realmente nos sana en lugar de enfermarnos es una fraternidad mística, contemplativa, que sabe mirar la grandeza sagrada del prójimo, que sabe descubrir a Dios en cada ser humano, que sabe tolerar las molestias de la convivencia aferrándose al amor de Dios, que sabe abrir el corazón al amor divino para buscar la felicidad de los demás como la busca su Padre bueno.

Una de las afirmaciones más claras del Antiguo Testamento es la bondad y la misericordia de Dios: “El Señor es compasivo y misericordioso” (Sal 102:8), compasión es un vocablo cuya raíz etimológica vienen del griego *sympatheia* que significa «sentir con», es decir, hacer nuestro el dolor del otro, sufrir “con el otro”. La misericordia está asociada a la compasión. Cuando decimos que el Señor es misericordioso afirmamos que no solo se compadece, sino que nos trata con bondad, el evangelio de Lucas dice: “Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6:36). Ese mandato, como dice el Papa Francisco, debe ser nuestro programa de vida, con acciones concretas en favor de los que sufren:

Hemos sido hechos para la plenitud que solo se alcanza en el amor. No es una opción posible vivir indiferentes ante el dolor, no podemos dejar que nadie quede a un costado de la vida. Esto nos debe indignar, hasta hacernos bajar de nuestra serenidad para alterarnos por el sufrimiento humano. Eso es dignidad. (Francisco, 2020, 68)

## REFERENCIAS

- Anónimo. (1997). *Popol Vuh: las antiguas historias del Quiche de Guatemala*. Panamericana.
- Aristóteles. (1993). *Ética a Nicómaco*. Trad. Julio Pallí Bonet. Editorial Gredos.
- Ayala, F. (2014). *Evolución, ética y religión*. Paulinas.
- Balthasar, H. (1999). *Teresa de Lisieux. Historia de una misión*. Herder.
- Benedicto XVI. (2005). *Deus Caritas est*. Paulinas.
- Bergson, H. (1932). *Les deux sources de la morale et de la religion*. Presses Universitaires de France.
- Bonhoeffer, D. (1986). *El precio de la gracia*. Sígueme.

- Camus, A. (1942). *Le mythe de sisyphé (essai sur l'absurde)*. Gallimard.
- Camus, A. (1947). *La peste*. Gallimard.
- Camus, A. (1951). *L'Homme révolté*. Gallimard.
- Costa, C. (2016). Para comprender el sufrimiento humano. *Revista Bioética* 24(2), pp. 225-234 <http://dx.doi.org/10.1590/1983-80422016242122>
- De Aquino, T. (2012). *Suma de Teología. Parte I*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- De Aquino, T. (2015). *Cuestiones disputadas sobre el mal*. (E. Téllez, Trad.). EUNSA.
- De Beauvoir, S. (1980). *Una morte dolcissima*. Stampa.
- De Hipona, A. (1964). *Confesiones de San Agustín*. Apostolado de la Prensa.
- De Hipona, A. (1979). *Obras de San Agustín en Edición Bilingüe, preparada por el Padre Victorino Capánaga*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- De Kempis, T. (1992). *La imitación de Cristo*. Paulinas.
- Delmar, M. (2000). *Pasa el viento: Antología poética 1942-1998*. Instituto Caro y Cuervo.
- Dostoyevski, F. (1965). *I fratelli Karamazov*. Milano.
- Evely, L. (1967). *Sufrimiento*. Estela.
- Figari, L. (2005). *Dolor y alegría. Reflexiones de Viernes Santo*. Editorial Vida y Espiritualidad.
- Francisco. (2013). *Evangelii Gaudium*. Paulinas.
- Francisco. (2020). *Fratelli Tutti*. Paulinas.
- Frankl, V. (2006). *El hombre en busca de sentido*. Herder.
- Fromm, E. (2014). *El arte de amar*. Paidós.
- Gide, A. (1970). *Journal*. Gallimard.

- Gide, A. (2001). *Teseo*. Debolsillo.
- Heidegger, M. (2007). *El ser y el tiempo*. Fondo de Cultura Económica.
- Imbach, J. (1976). *Dio nella letteratura contemporanea*. Città Nuova.
- Jerphagnon, L. (1966). *El mal y la existencia*. Nova.
- Juan Pablo II. (1984). *Salvifici Doloris*. Paulinas.
- Juan Pablo II. (1994). *Cruzando el umbral de la esperanza*. Plaza & Janes.
- Kafka, F. (1960). *Diarios II: 1914-1923*. Lumen.
- Kasper, W. (1985). *El Dios de Jesucristo*. Sígueme.
- Kierkegaard, S. (2013). *El concepto de la angustia*. Alianza Editorial.
- Lain, P. (1964). *La relación médico-enfermo: Historia y teoría*. Revista de Occidente.
- Lavelle, L. (1940). *Le mal et la souffrance*. Librairie Plon.
- León XII. (1879). *Aeterni Patris*. Paulinas.
- Levi, P. (2006). *Si esto es un hombre*. El Aleph.
- Lewis, C. S. (1994). *El problema del dolor*. Rialp.
- Loeser, J. y Melzack, R. (1999). Pain: an overview. *The Lancet*. 353(9164) pp. 1607-1609 [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(99\)01311-2](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(99)01311-2)
- Malraux, A. (2017). *La condición humana*. Edhasa.
- Marañón, G. (1964). *Raíz y decoro de España*. Espasa Calpe.
- Maritain, R. (1956). *I grandi amici*. Società Editrice Vita e Pensiero.
- Martí, J. (1965). *Obra selecta. Prosa y Poesía*. Editorial Plus Ultra.
- Martín, J.L. (1991). Testimonio existencial de la vida cristiana en nuestra época. *Razones para la esperanza*. Sociedad de Educación Atenas.

- Maturana, H. & Verden-Zöller, G. (1993). *Amor y juego. Fundamentos olvidados de lo humano*. Editorial Dolmen.
- Monge, M.A. (2012). *Una luz sobre el sufrimiento y la muerte*. EUNISA.
- Morante, E. (1982). *Aracoeli*. Torino.
- Nédoncelle, M. (1997). *La reciprocidad de las conciencias: ensayo sobre la naturaleza de la persona*. Caparrós Editores.
- Neruda, P. (1974). *Confieso que he vivido: memorias*. Seix Barral.
- Nietzsche, F. (1970). *L' anticristo. Maledizione del cristianesimo*. Milano.
- Ortega y Gasset, J. (1998). *Unas Lecciones de Metafísica*. Porrúa.
- Parazzoli, F. (1982). *Indagine sulla crocifissione*. Rusconi.
- Pascal, B. (1972). *Pensées*. Brunschvicg.
- Pavese, C. (1977). *Il Mestiere di vivere*. Torino.
- Pico Della Mirandola, G. (1984). *De la dignidad del hombre*. Editora Nacional.
- Platón. (1988). *Diálogos IV: La República*. Gredos.
- Rahner, K. (2008). *La gracias como libertad*. Herder.
- Reina, C. & Valera, C. (1960). *Santa Biblia*.
- Rostand, J. (1947). *Nouvelles pensées d'un biologiste*. Paris.
- San Buenaventura. (1974). *Obras de San Buenaventura. I: Dios y las criaturas*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Sartre, J. (1943). *La nausée*. París.
- Séneca, L. (1986). *Epístolas morales a Lucilio*. Gredos.
- Teilhard De Chardin, M. M. (1951). *L'Energie Spirituelle de la Souffrance*. Le Seuil.
- Unamuno, M. (1968). *Obras Completas*. Turner.

Wiesel, E. (2008) *Trilogía de la noche: la noche, el alba, el día*. El Aleph.



Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Usted es libre para **compartir** —copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato— y **adaptar** el documento —remezclar, transformar y crear a partir del material— para cualquier propósito, incluso para fines comerciales, siempre que cumpla la condición de:

**Atribución** — Usted debe dar [crédito de manera adecuada](#), brindar un enlace a la licencia, e [indicar si se han realizado cambios](#). Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

Jesús Salvador Moncada Cerón  
Dios, amor que desciende y asume el sufrimiento humano:  
Reflexiones filosófico-teológicas.  
Revista *Xihmai* XVI (31), 105-154, enero-junio 2021